ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA DUDA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

y Peroso

LUIS ESCUDERO Y JOSÉ DE VELILLA.

Estrenado en el teatro de Cervantes, de Sevilla, en la noche del 14 de Octubre de 1882.

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1883

LA DUDA

LA DUDA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

LUIS ESCUDERO Y JOSÉ DE VELILLA.

Estrenado en el teatro de Cervantes, de Sevilla, en la noche del 14 de Octubre de 1882.

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagár 3.

1882

REPARTO.

PERSONAJES	ACTORES
JULIA.	CÁRMEN ARGÜELLES.
CÁRMEN.	MATILDE ROS.
ANITA.	ADELA GARCÍA.
CÁRLOS.	WENCESLAO BUENO.
ALONSO.	ENRIQUE MARTINEZ.
FELIPE..	ANTONIO FORNOZA.
MANUEL.	VENTURA VEGA.

La accion pasa en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala ricamente amueblada.—Puerta al foro y dos á cada lado.—Al levantarse el telon aparecen JULIA, sentada en una butaca, acabando de leer una carta, y MANUEL, de pié, en actitud respetuosa.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, MANUEL

JULIA. ¿Y esta mujer te ha dicho que volveria?

MANUEL. Sí, señora.... No sabe usted cuánto me suplicó para que le pasara aviso.... Parecia desesperada. Yo nunca la he visto así.

JULIA. ¡Ah! ¿Tú la has visto ántes de ahora?

MANUEL. Ha venido, en otras ocasiones, de poco tiempo á esta parte, á buscar al señor....

JULIA. (Con extrañeza.) ¿Á mi marido? ¿Y ha hablado con él?

MANUEL. Una vez tan sólo.... Por cierto que, despues de la conferencia, salió ella con los ojos encendidos, como si hubiera llorado, y no ha vuelto hasta hoy.

JULIA. ¿Y mostraba grande empeño en verme...?

MANUEL. ¡Vaya!... Cuando le dije que la señora estaba delicada y no podia recibirla, me entregó esa carta, diciéndome: «Désela usted, que, si la lee, cambiará de opinion.... Yo volveré luégo por la respuesta.»

JULIA. (¡Pobre mujer!...) (Páusa.)

MANUEL. ¿Mando enganchar hoy tambien el carruaje para ir á la

estacion del Mediodía?... Ya es tarde, y quizá habrá llegado el tren....

JULIA. Nó, Manuel. No espero ya á mi hija ni al padre de mi marido. Debieron llegar ayer.... y los esperamos inútilmente. Las ocupaciones de don Alonso le habran impedido realizar su viaje el dia anunciado, ó acaso querrá sorprendernos llegando de improviso.

MANUEL. Bien, señora.... Y si vuelve la de la carta.... ¿qué le respondo, qué le digo?

JULIA. Que éntre.... que la aguardo.... (Sería una crueldad negarme á recibirla....) Retírate. (Váse Manuel por el foro.)

ESCENA II.

JULIA.

(Meditabunda, volviendo á leer la carta.)
«Julia, usted es madre y accederá á mis ruegos. Me encuentro muy enferma.... Deseo ver á mi hija....» ¡Infeliz! (Lee.).... «¡Usted es tan buena! Tambien es madre; yo confio en su corazon.» ¡Ver á su hija!.... Temo que no pueda contenerse en su presencia, y que esa desdichada niña sepa.... lo que nunca debe saber.... ¿Me niego á esta súplica? Nó.... imposible....Yo sé quién es Cármen.... y eso me haria tener en ella una constante amenaza á este reposo, á esta felicidad aparente que el mundo me envidia....

ESCENA III.

DICHA: ANITA, por el foro, muy alegre.

ANITA. (Gritando, dentro.) ¡Mamá!... ¡Mamá!

JULIA. (Levantándose precipitadamente y yendo hácia el foro.) ¿La voz de Anita...? ¿Cómo?... ¿Es posible...?

ANITA. (Saliendo, encontrando en el foro á Julia y abrazándola.) ¡Mamá!...... ¡Mamá de mi alma!

JULIA. (Abrazándola.) ¡Hija de mi corazon! ¡Qué agradable sorpresa!

ANITA. ¿No me esperabas, verdad?... Ahí detrás viene abuelito conversando con papá, á quien sorprendimos en su escritorio despachando la correspondencia.... Pero ¡qué ajena estarias tú de que íbamos á venir hoy!

JULIA. ¡Y tanto!...

ANITA. Pues no creas que ha ocurrido nada malo.... Hemos retardado el viaje por venir en compañía de un amigo de abuelito.... un excelente sujeto. (Ruborízase.)

JULIA. Más vale así.... ¡Y qué bien te ha sentado la temporada que has pasado ahora en el pueblo!... Estás hermosísima, hija mia.

ANITA. (Con inocente coquetería.) ¿De véras?... Te has vuelto muy aduladora, mamá.... ¿Y mi hermanita Elena?

JULIA. En Aranjuez.... en el colegio....

ANITA. ¿Y seguirá tan delicada como ántes? La última vez que la ví estaba tan palidita, tan triste.... ¿Por qué no la traes á nuestro lado?

JULIA. ¡Anita! (En tono de dulce reconvencion.)

ANITA. Nó, si yo sé que tú la quieres lo mismo que á mí.... Papá es quien tiene empeño en que se eduque en un colegio.... ¡Como si en el colegio aprendiera una más que al lado de su mamá! (Asomándose al foro y gritando.) ¡Abuelito! ¡Qué pesadez! ¡Vamos, gracias á Dios!... ¡Ya están aquí!

ESCENA IV.

DICHAS: ALONSO, CARLOS, por el foro.

ALONSO. Julia....

JULIA. Padre.... (Abrazándole.)

ALONSO. Aprieta, hija mia, aprieta.... y perdona si he tardado en saludarte; pero me entretuve hablando con Cárlos....

ANITA. ¡Otro abrazo, papá! (Le abraza.)

CÁRLOS. ¡Loquilla!

ALONSO. Ya lo veis: cumplo mi palabra y os traigo á vuestra hija....

(Siéntanse: Julia á la izquierda, á su lado Alonso, Cárlos á la derecha y entre

éstos dos Anita, quien se levantará con frecuencia, acercándose á uno y otro y á Julia, segun lo indique el diálogo.)

ANITA. ¡Dos meses sin vernos!... como quien no dice nada.... ¡Y eso que al lado de abuelito el tiempo se hace ménos largo! ¡Si vieras, mamá, cuánto le quieren en el pueblo! Figúrate que cura de balde á casi todos los enfermos de aquellos contornos....

CÁRLOS. Nunca he comprendido bien, padre, cómo usted, hombre de ciencia, médico experimentado y de envidiable reputacion, se halla contento con poseer la modesta titular de esa humilde villa aragonesa.

ALONSO. ¿Qué quieres, hijo mio? He sido siempre tan poco ambicioso....

JULIA. Pero vive usted en una completa soledad, interrumpida sólo, de vez en cuando, por las estancias de Anita....

CÁRLOS. Y la edad de usted pide ya otros cuidados....

ANITA. Verdad que sí.... Hemos tratado de eso, largamente, en el pueblo....

CÁRLOS. ¡Hola!

ALONSO. Sí, hijos mios, sí. Me siento viejo y achacoso, y me dan unas ganas de pasar á vuestro lado el resto de mi vida....

ANITA. Pero abuelito pone una condicion para vivir con nosotros....

JULIA. ¡Una condicion!

CÁRLOS. ¿Cuál?

ANITA. Hemos venido á conspirar contra tí, papá.

CÁRLOS. ¿Cómo?

ALONSO. Ya sabeis el empeño que he tenido siempre en que Elena se eduque al lado de su madre y nó en el colegio.... Esta loquilla dice tambien que es una crueldad tenerla separada de su hermanita.... y queremos que la traigais á vuestro lado; en una palabra, que la familia esté completa. (Julia parece preocupada.)

CÁRLOS. Pero....

ALONSO. No hay pero que valga.

CÁRLOS. Su educacion exige....

ANITA. ¡Su educacion!... Pero, mamá, ¿no oyes qué cargo tan grave te se hace?

JULIA. (Sobrecogida.) ¡Qué!... ¡Á mí.... un cargo!

ANITA. ¡Pues, claro! Yo no he tenido otro maestro que tú.... y no me pesa. Era muy pequeñita y ya sabía leer y escribir, las cuatro reglas y coser y bordar: hoy toco el piano, sé dibujar.... y aprendo otra cosa que vale más que todo esto.... amar mucho á mis padres.... y á mi abuelito.... Pero.... ¡ay, Dios mio!... (Á Cárlos.) ¡Qué serio te has puesto!... (Á Julia.) ¿Y tú, mamá, estás llorando?

ALONSO. ¡Ya lo creo!... Mírame, yo tambien estoy llorando como un chiquillo.... pero es de oirte, bachillera en arrumacos y doctora en zalamerías....

ANITA. (Ayúdame, abuelito.) ¡Ya se ve! Papá no está contento, por lo visto, del maestro ni de la discípula, y por eso ha querido que Elenita se eduque en un colegio.... ¡Es claro! ¡Como que la quiere más que á mí!

ALONSO. Cárlos, esta chica, casi, casi tiene razon.

CÁRLOS. ¡Eso es! Haga usted caso de sus locuras. Ana se ha educado como Julia, segun el antiguo sistema en que las hijas estaban cosidas, por decirlo así, á las faldas de su madre.... Yo lo respeto.... Sé bien que Julia imprimirá en el corazon de Anita las virtudes que ella posee....

JULIA. (¡Ah!)

CÁRLOS. (Con ironía casi imperceptible.) Y que llegará un dia en que Anita será.... modelo de esposas....

JULIA. (¡Dios mio!)

ALONSO. ¿Y por qué, si estás satisfecho de la educacion dada por tu mujer á esta picaruela, tienes en el colegio á tu otra hija?

CÁRLOS. (Turbado.) Yo, educando á Elena á mi modo....

ALONSO. ¿Crees sobrepujar á tu mujer...? Bien; pero eso no quita para que accedas á lo que te pedimos. Al ménos, el tiempo que yo esté con vosotros quiero que Elena viva á nuestro lado. Sólo la he visto dos veces, y era tan pequeñita.... luégo, esta muchacha me ha metido el corazon en un puño diciéndome que está tan delgadita.... tan pálida.... Créeme, Cárlos; la vida de los niños consiste en el esmero y el amor de sus padres: los niños son como los pájaros; necesitan aire, luz, libertad....

ANITA. Y los que no están con sus padrès son como los pajarillos sin nido.... Muy bien, abuelo: has hablado como un libro.

ALONSO. Conque....

CÁRLOS. Bien, padre, la traeré. (Disimulando su contrariedad.)

ALONSO. ¡Ya lo creo que la traerás!

ANITA. (Palmoteando.) ¡Ah.... qué bueno.... qué bueno es!

ALONSO. ¡Privar á ese angelito de las caricias que esta egoistuela cosecha para sí sola!... Justo es compartirlas entre las dos....

ANITA. Y yo no me encelaré, abuelo, con tal de que me quieras un poquitito más que á Elena.

CÁRLOS. Mañana iré yo mismo por ella.... es decir, si Julia consiente....

JULIA. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Mañana á las doce saldré en el tren de Aranjuez.... y al anochecer estaremos aquí.

ANITA. ¡Ay, qué gusto!

ALONSO. (Levántase y se acerca á Cárlos, quien tambien se levanta. Anita queda colocada entre Alonso y Julia.) Mañana estará completo este cuadro de familia, y mañana, cuando estés rodeado de tu esposa, que es una santa, de tus hijas, que son dos ángeles, y de tu padre, que es viejo y gruñon, pero que te quiere con toda su alma....

CÁRLOS. ¡Padre!

ALONSO. Te cogeré así.... por una oreja.... (Lo hace como se dice.).... y te diré: Señor escéptico de otros tiempos; tú, que no creias ni en el amor ni en la virtud de la mujer.... ¿qué me dices ahora?

CÁRLOS. (Con cierta amargura.) ¡Que soy feliz, padre, muy feliz!

ALONSO. Tú odiabas el matrimonio, tú dudabas de todas las hijas de Eva....

CÁRLOS. Y, sin embargo, padre, sonó mi cuarto de hora y me casé.... (Esforzándose por sonreir.)

JULIA. (¡Qué prolongado martirio!)

(Anita oye con atencion lo que dice Alonso, haciendo señales de aprobacion á éste y á Julia.)

ALONSO. Bien dicen que una mala capa encubre á un buen bebedor.... Tu escepticismo era la capa andrajosa con que

cubrias la nobleza de tu corazon y la bondad de tu alma.... Me dan lástima esos mozalvetes barbilindos que dudan de que exista amor puro y santo sobre la tierra, sin pensar que á ese amor deben la existencia.... Los compadezco.

CÁRLOS. Tambien yo los compadezco hoy, padre mio.

ALONSO. Por desgracia no todos se corrigen como tú.... ¡Y es tan crecido el número de los incrédulos! Basta ser jóven, rico y de buena presencia; tener un poco de talento y un mucho de presuncion, para juzgar á las mujeres, en general, por media docena de fáciles conquistas, que debieran causar vergüenza y nó envanecimiento....

CÁRLOS. Es un error, ahora lo conozco.

ANITA. Pero, papá.... ¿tú eras como dice abuelito?

ALONSO. ¡Si le hubieras conocido cuando estudiaba en Madrid!... Buenos disgustos y buenos dineros me costaron sus estudios.... ¡Era lo más calavera, lo más pendenciero, lo más espadachin...!

CÁRLOS. (Disculpándose.) ¿Quién no ha sido jóven, padre mio?

ALONSO. Es verdad. Un dia tropezaste con la virtud y la honradez, encarnadas en Julia....

JULIA. Padre.... (Con rubor.)

ALONSO. Todas tus seducciones se embotaron en una resistencia para tí inesperada: tu amor propio herido avivó el deseo, y el deseo contrariado hizo brotar al fin la primera chispa de ese amor que sólo se tributa á la mujer digna y honrada.

CÁRLOS. No todos tienen la suerte que yo he tenido. (Irónico.)

JULIA. ¡Cárlos! (Reconviniéndole.)

ANITA. No le interrumpas.... Déjale que te haga justicia....

JULIA. (¡Ojalá!)

ALONSO. Estoy seguro de que si la casualidad presentara á cada uno de esos escépticos una mujer como la túya, les pasaria lo que á tí, y el más rebelde, el más obstinado daria de cabeza en la Vicaría.... como no tardará mucho en dar cierta persona.... (Mirando á Anita con intencion.)

ANITA. ¡Jesus.... abuelo! dices unas cosas....

ALONSO. Cierta persona, que apénas hará seis meses que vive en el pueblo.... Es un misántropo completo. Reniega de la

amistad, la rehusa, si se la ofrecen.... y, sin embargo, hace unos dias que no me deja ni á sol ni á sombra.... Verdad que por la peana se besa al santo.... (Anita se ruboriza y le hace señas para que se calle.) Anita.... muchacha.... ¡te has puesto como una amapola!

ANITA. ¡Abuelo!

ALONSO. Vamos, tontuela, ¿no sabes que me he declarado tu protector? (A Cárlos.) He tomado mis informes, y se trata de un hombre honrado, rico.... un buen partido.... ¡cáspita!

CÁRLOS. Padre.... ¿acaso....?

ALONSO. Me dirás que Anita es muy niña todavía; pero, en fin, más adelante. .. ¡Qué diablo! Mi nieta no se ha de quedar para vestir imágenes.

ANITA. (Con el deseo de interrumpir sus confidencias.) Abuelo, ven á ver mis bordados y mis dibujos....

ALONSO. Y al mismo tiempo nos quitaremos el polvo del camino, que buena falta nos hace.

ANITA. ¡Anda!

ALONSO. ¡Ea, vamos! (Dirigiéndose con Anita á la segunda puerta de la izquierda y volviendo luégo.) ¡Ah! Mira, Cárlos; el sujeto de que te hablaba se ha encontrado, casualmente, en el mismo coche que nosotros, y me ha pedido permiso para visitarme....

ANITA. ¡Abuelo! (Desde la puerta, con impaciencia.)

ALONSO. ¡Ya voy.... ya voy! Le dije que venía á hospedarme en la casa de mi hijo el baron de Fuentes. Como hace tiempo que no parece sino que has olvidado tu nombre, y sólo usas ese título, con que te honró el gobierno por tus servicios durante tu consulado en Marsella, se lo dije por más conocido. Supongo que no habrá inconveniente en recibirle....

CÁRLOS. De ningun modo, padre: usted es aquí el único dueño.

JULIA. Ese caballero puede venir cuando guste.

ALONSO. Corriente. Yo le dí las señas de la casa....

ANITA. ¡Abuelo!

ALONSO. ¡Ea! Hasta despues. ¡Vamos, muchacha...! ¡Qué torbellino!

(Alonso y Anita se van por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

JULIA, CARLOS.

JULIA. Cárlos, ¿cuándo te apiadarás de mí? (Levántase.)

CÁRLOS. Nunca.

JULIA. Eres implacable.

CÁRLOS. Sí, implacable como mis pensamientos, implacable como mi dolor, como los recuerdos del pasado.

JULIA. ¡Piedad.... padezco tanto!

CÁRLOS. ¡Tú!... Díme si hay en el mundo alguna tortura comparable á la que yo experimento al abrazar á esa niña....

JULIA. ¡Cárlos!... te lo suplico, no envuelvas á la hija en el ódio que profesas á la madre....

CÁRLOS. ¡Ódio!... Te estimas demasiado.... ¿Vales tú lo bastante para que yo te odie?... Hubo un dia, uno solo, en que te hubiera despedazado entre mis manos.... pero aquel dia pasó, y al ódio sucedió el desprecio, que al fin se ha trocado en indiferencia.

JULIA. Son preferibles todos los tormentos del infierno á la prolongacion de este suplicio. ¿Qué pruebas tienes contra mí?... ¿Qué hice yo desde que fuí tu esposa, sino amarte con ciega idolatría?

CÁRLOS. ¿Qué hiciste.. ? Basta, Julia. ¿Á qué pronunciar palabras que abrasarian los labios? ¿Á qué recordar las historias de otros tiempos? ¿De qué te quejas? ¿No he dominado mi corazon hasta el punto de aparecer el hombre más feliz de la tierra?

JULIA. ¿Y si tú mismo fueses el autor de tu propia desgracia?

CÁRLOS. Yo.... ¿crees tú que disculpas estériles, forzadas protestas y un tardío arrepentimiento son bastantes para alcanzar el perdon?... Hay faltas que no pueden perdonarse. ¡Qué empeño el tuyo en renovar las antiguas heridas!... Calla.... y deja que esta máscara indiferente cubra mi rostro.... máscara que me ahoga, pero que oculta mi vergüenza.

JULIA. Cárlos....

CÁRLOS. Ni una palabra más. (Pausa.)
(Suena dentro un wals, tocado al piano.)

JULIA. Es Anita....

CÁRLOS. ¡Pobre niña...! ¡Pobre padre...! Todo lo ignoran.... Ni un gesto.... Ni una lágrima.... Son inocentes y felices.... ¡Pobre ángel, luz de esta casa!... Luz instantánea y pálida como la del relámpago, que sólo alumbra las negras nubes de la tempestad. (Cesa el piano.)

JULIA. ¡Dios mio...!

CÁRLOS. ¡Silencio!... que no te oigan....

JULIA. ¿Y no se acabará nunca este martirio?

CÁRLOS. Resígnate.... ¿No me he resignado yo á la desgracia...? ¡Y cuesta tanto...! Vén, vamos á reunirnos con ellos; que no sospechen de nuestra ausencia....

JULIA. No sé si tendré valor....

CÁRLOS. Lo tendrás.... valor para el mal.... cobardía para la virtud.... hé aquí la mujer.

JULIA. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Vén.... Sonríete.... El dolor que no puede llorar debe aprender á sonreir.
(Vánse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

MANUEL, CARMEN, apoyada en éste, por el foro,—Cármen está demacrada y se sostiene con dificultad.

MANUEL. (Dentro.) Apóyese usted en mí.... sin cuidado.

CÁRMEN. (Entrando.) Gracias, muchas gracias.

MANUEL. (Llevándola á una butaca, á la derecha.) Siéntese usted aquí. (Siéntase Cármen.) Estará más cómoda.... ¿Va pasando ese malestar?

CÁRMEN. Sí.... Ya me encuentro mejor.... ¿Conque dice usted que la señora leyó mi carta?

MANUEL. Es la tercera vez que me lo pregunta, y la tercera tambien que yo le contesto lo mismo. La leyó, y me dió órden de hacer entrar á usted cuando volviese por la respuesta.... (Vamos, ésta vendrá por algun socorro.... ¡Como la señora es tan caritativa!)

CÁRMEN. Dispense usted.... pero tengo la memoria tan débil.... he deseado tanto hablar con ella, que me parece mentira llegar á conseguirlo.

MANUEL. No se apure usted.... ¡El ama es tan buena! Si no ha salido ya á recibirla es porque han venido de fuera su hija, la señorita Ana, y su suegro, el señor don Alonso....

CÁRMEN. Haga usted el favor de avisarle que estoy aquí.... Acaso ella desee, tanto como yo, el momento de esta entrevista.

MANUEL. En ese caso.... (Acércase á la segunda puerta de la izquierda, llamando.) ¿Señora? No me habrá oido.... ¿Señora...? (Volviendo á llamar.)

ESCENA VII.

DICHOS: JULIA.

JULIA. ¿Qué ocurre, Manuel?

MANUEL. Aquí está la.... (Señalando á Cármen.)

JULIA. ¡Cármen! (¡En qué momento!)

CÁRMEN. ¡Julia.... ¿Me ha reconocido usted?

JULIA. La he adivinado.

CÁRMEN. ¡Estoy tan cambiada, tan enferma...!

JULIA. Manuel, déjanos solas. (Váse Manuel por el foro.)

ESCENA VIII.

CARMEN, JULIA.

CÁRMEN. Julia, Julia....

JULIA. Baje usted la voz....

CÁRMEN. Yo haré cuanto usted quiera, con tal de que me otorgue el favor que le pido....

JULIA. Cármen, vuelva usted en mejor ocasion.... No es posible que hablemos ahora....

CÁRMEN. Vengo decidida. He meditado mucho, mucho, ántes de dar este paso, y estoy resuelta á ver á mi hija.... quiero ver á mi Elena.

JULIA. ¡Calle usted! (Con azoramiento.)

CÁRMEN. Ya no soy la rival temible de otro tiempo.... Sólo soy la madre que ruega y que llora....

JULIA. ¡Usted!

CÁRMEN. Yo.... que vuelvo con horror y espanto los ojos á mi vida pasada.

JULIA. Cármen.... (Siéntase.)

CÁRMEN. Alma débil para soportar ayer los combates del cuerpo, cuerpo débil para soportar hoy los combates del alma.... hé aquí mi vida.... Julia, yo sé bien que la he ofendido mucho, tanto.... como usted no puede todavía imaginarse.... Yo abandoné á mi pobre hija, á mi Elena....

JULIA. Y yo le he servido de madre. Aquí se han deslizado los primeros años de su infancia: olvidé la infidelidad del marido para acordarme solamente de la desgracia de la hija.... Ella es feliz.... nada sospecha: los ángeles ven el mundo, pero no lo comprenden.

CÁRMEN. ¡Pobre hija mia!.... Yo deseo verla.... Siento que la vida se me acaba por instantes.... Este corazon, que tanto ha padecido, muy pronto dejará de latir.... ¡Oh, si no hubiera latido nunca!

JULIA. Considere usted, Cármen....

CÁRMEN. ¿Qué he de considerar?... Yo quiero, ántes de morir, estrechar á mi Elena contra mi corazon.... ¡Ah, si usted supiera...! ¡Cuántas veces, cuando ignoraba que habia sido amparada por usted, la sombra de esa niña turbaba el pensamiento de la madre!... Vino la enfermedad, huyeron el fausto y la opulencia.... El mundo, que ántes me habia adulado, me despreció cuando quise regenerarme.

JULIA. Termine usted.

CÁRMEN. Avivóse el sentimiento de la madre: donde acaban los goces de la tierra empiezan los del cielo.... Encontré á Cárlos.... Hacía trece años que no nos veíamos, y al preguntarle ¿y nuestra hija? me contestó: «Señora, usted no tiene hija; Elena es hija mia y de mi esposa: déjela vivir en paz.»

JULIA. Cárlos tenía razon. Si Elena llegara á saber quién es usted....

CÁRMEN. (Con dolor.) Se avergonzaría, lo comprendo....

JULIA. (Con dulzura, sin reconvencion.) Pediria á usted cuentas del pasado; preguntaria por qué se habia educado en el seno de una familia extraña; por qué nunca se le habia enseñado á pronunciar el nombre de su madre.... y créame usted, los niños que traen vicios de orígen tienen una inteligencia tan clara.... No parece sino que se les ha concedido ese triste privilegio para que aprecien toda la magnitud de su infortunio.... Más vale que todo lo ignore. Esa niña, débil y melancólica, no podria resistir golpe tan duro.

CÁRMEN. Yo seré dócil.... Me dominaré lo bastante para que no aparezca una lágrima en mis ojos, para que mi boca no pronuncie la palabra hija, para que mi corazon no delate á la madre.... Yo prometo que no turbaré su felicidad. La abrazaré.... y luégo le daré un eterno adios.

JULIA. Es imposible ahora.

CÁRMEN. ¿Por qué?

JULIA. Porque Elena se educa en un colegio, fuera de Madrid.... en Aranjuez.... Mi marido lo ha querido así. Yo no he tenido la culpa.

CÁRMEN. ¡Hasta su padre la aleja de su lado....! En un colegio, sola, rodeada de personas extrañas.... ¡pobre hija mia!... Y ¿estará muy hermosa, verdad?

JULIA. Sí, muy hermosa; pero hay en ella un sentimiento, instintivo quizás, vago, indefinible, de su propia desgracia. Su frente pálida y reflexiva acusa pensamientos superiores á su edad; sus ojos se llenan de lágrimas sin causa que las motive; nunca juega con las demás niñas; condénase á un voluntario aislamiento.... diríase que hay ecos misteriosos, que le hablan de su orígen en lengua desconocida, pero que ella comprende.... diríase que era un ángel espiando el momento de volver al cielo.

CÁRMEN. Yo necesito verla, enjugar sus lágrimas.

JULIA. Anita la quiere entrañablemente.

CÁRMEN. ¡Anita!

JULIA. Mi hija.... Tiene tres años más que Elena....

CÁRMEN. ¡Anita!... ¡Qué buena debe ser...! ¿Y cuándo podré ver á Elena?

JULIA. Mañana la traerá Cárlos del colegio....

ANITA. (Dentro.) ¡Mamá.... ¿Dónde estás?

JULIA. ¡Silencio!... ¡Es Anita!

CÁRMEN. Pero yo necesito explicar á usted....

JULIA. ¡Oh! que no la vea aquí.

ESCENA IX.

DICHAS: ANITA, por la segunda puerta de la izquierda. Trae distinto traje.

ANITA. ¿Mamá...? ¡Ah! ¿Estabas con esta señora?

JULIA. Sí.... (Á Cármen, instándole para que se vaya.) Por favor....

ANITA. ¿Es alguna amiga tuya que ha venido ahora á Madrid...? Yo no recuerdo....

JULIA. Sí, hija mia, es una antigua amiga.... (Á Cármen.) (Disimule usted.)

CÁRMEN. (Mirando, embebecida, á Anita.) Sí, una amiga....

JULIA. (Á Cármen.) (Que puede venir mi marido...)

CÁRMEN. (Levantándose.) Adios, señora.... (Permítame usted que la dé un beso.) Adios, Anita, hija mia; quiere mucho á tu hermanita Elena.... (Abrazándola y besándola.)

ANITA. ¡Si yo la quiero con toda mi alma!

CÁRMEN. ¡Bendita seas! (Con efusion.)

JULIA. ¡Cármen! (En tono de reconvencion.)

CÁRMEN. Hasta mañana. (A Julia.)

(Váse por el foro, con lentitud, sostenida por Julia.)

ESCENA X.

JULIA, ANITA: á poco ALONSO y CARLOS.

ANITA. Mamá.... ¿por qué estaba tan conmovida esa señora...? ¿No viste que se le saltaron las lágrimas cuando nombró á Elenita...?

JULIA. No sé.... no he reparado.... Está enferma, y cualquier

cosa la afecta profundamente; y como habíamos hablado de Elena....

ANITA. (Significando que ha comprendido la causa.) ¡Ah, eso es otra cosa!— Mira, mamá, he recorrido toda la casa con abuelito.... Si vieras su cuarto y el mio, de seguro que no los conocias. He puesto todas las cosas en órden.... Aquí llega abuelito, que no me dejará mentir.

ALONSO. (Con distinto traje, y saliendo con Cárlos.) ¿Quieres creer, Julia, que he recobrado la agilidad de mis veinte años...? Esta chica es un torbellino, un diablillo con faldas.... He visto sus dibujos.... ¡Qué dibujos...! ¡Válgame Dios! Tocó el piano.... ¡qué manos las suyas! Y luégo.... ¡qué disposicion para todo!...

ANITA. ¡Abuelo!

CÁRLOS. Padre, usted nos la va á echar á perder.

ALONSO. En un decir Jesus ha vuelto lo de arriba abajo. Me ha obligado, riéndose como una loca, á que le ayudase á hacer la camita de su hermana al lado de la suya.... ¿Qué tal me habrá zarandeado, que apénas he tenido tiempo para limpiarme el polvo y mudar de traje?... Nada, Cárlos: convéncete de que la verdadera felicidad está en el seno de la familia.

CÁRLOS. ¿Á quién lo dice usted, padre mio?

JULIA. Tiene usted razon.

(La colocacion de los actores es la misma de la escena cuarta, pero de pié.)

ALONSO. Cada vez que contemplo la paz y la alegría de que disfrutais, y las comparo con la soledad que en el pueblo me rodea, cuando no está allí Anita, me afirmo en la resolucion que estoy meditando de venirme á vivir con vosotros.... ya que tengo una familia....

ANITA. Es lo que yo digo.

ALONSO. Realizaré lo que poseo en el pueblo,—ó nombraré un administrador,—y me daréis un rincon cualquiera en la casa y un sitio en vuestra mesa....

ANITA. Junto á mí, junto á mí, abuelo.

CÁRLOS. Padre, puede usted hacerlo cuando guste.

JULIA. Yo tendré mucho placer en ello.

ALONSO. Se respira aquí un bienestar tan envidiable.... una paz tan alegre y confiada.... No es así mi casita del pue-

blo.... en ella sólo se respira la paz de la soledad y del silencio.... Las flores de mi huertecillo, cuando no está allí mi nietezuela para regarlas, se van marchitando lentamente.... (Con sentimiento y tristeza, que deben dominar à todos.) Los pajarillos sienten robustecidas las alas y abandonan el nido, dejando en él á los padres, ya débiles y cansados, que no pueden seguirlos.... Conozco que es una ley de la naturaleza.... pero los hijos son muy ingratos, apesar suyo.

CÁRLOS. Tiene usted razon, padre mio: muy ingratos, porque dejan lo cierto por lo dudoso....

JULIA Es verdad: deberia una morirse ántes que dejar á sus padres....

ANITA. Abuelo.... ¿qué necesidad hay de hablar de cosas tan tristes...? (Volviendo á recobrar la alegria.)

ALONSO. Dices bien, y es cosa resuelta. Yo necesito vivir junto á este diablillo para que me anime.... y me preste algo de la juventud que le sobra.... Formarémos una excelente pareja. Los viejos y los niños se parecen tanto.. . y es que el hombre acaba siempre por donde empieza. Mañana vendrá Elenita.... y ya no habrá más que pedir.

CÁRLOS. Mañana mismo, padre.

JULIA. Medita bien todas las consecuencias.... (Pasañdo al lado de Cárlos, con voz muy baja. Siguen hablando aparte.)

ANITA. (A Alonso.) (¿Conque decididamente...?

ALONSO. Sí, hija mia, sí.

ANITA. ¡Qué contenta voy á estar teniendo al lado á mi abuelito!

ALONSO. ¿Y á tu futuro padrino de casamiento.... eh?

ANITA. ¿Crees tú, abuelo, que papá y mamá le recibirán bien?

ALONSO. ¡Ya lo creo!... ¡Vaya!... ¡Pues no faltaba otra cosa!)

ESCENA XI.

DICHOS: MANUEL, por el foro, con una tarjeta.

MANUEL. Señor don Alonso, ahí está un caballero que pregunta por usted.

ALONSO. ¿Ha dicho su nombre?

MANUEL. Me ha entregado esta tarjeta. (Dándosela.)

ALONSO. Dáme acá. (Despues de haberla leido, á Cárlos.) Es el amigo de que te he hablado ántes. ¡Cáspita! ¡Y qué pronto me ha cumplido la palabra!

ANITA. Abuelito.... ¿es el caballero que...?

ALONSO. Que dice que eres muy linda... El mismo.

JULIA. (A Alonso.) Pero.... ¿no manda usted que pase?

ALONSO. Tienes razon.... digo, si Cárlos lo permite....

CÁRLOS. Padre....

ANITA. Que pase al momento. (A Manuel.)

(Váse éste por el foro. Anita se acerca á un espejo, se arregla el peinado y mira á la puerta del foro.)

ALONSO. ¡Ya verán ustedes! Estoy seguro de que ha de agradarles.... No es muy jóven.... ¡pero debe ser tan bueno para marido y para yerno!

ANITA Ahí está, abuelito.

(Todos se vuelven hácia el foro, en expectacion.)

ESCENA XII.

JULIA, ANITA, ALONSO, CARLOS, FELIPE, MANUEL.

MANUEL. (Alzando el portier y anunciando.) Don Felipe de Sotomayor.

CÁRLOS. (Con asombro.) (¡Él!)

JULIA. (Con espanto.) (¿Qué...?)

FELIPE. (Apareciendo en el foro.) ¿Da usted su permiso?

ALONSO. (Yendo á recibirle.) Adelante, amigo mio, adelante.

JULIA (Viendo á Felipe y cayendo desmayada en una butaca, á la izquierda.) ¡Jesus!... ¡Felipe!

CÁRLOS. (Viendo á Felipe.) ¡Gran Dios!

ANITA. ¡Mamá.... Mamá! (Acudiendo á ella y auxiliándola.)

FELIPE. (Con extrañeza.) ¡Qué encuentro!

CÁRLOS. (Acercándose á Felipe, y en voz muy baja.) (¡Conque vives!

FELIPE. Cárlos....

CÁRLOS. Pero hoy te mataré....)

FELIPE. (Que ha titubeado entre explicarse ó retirarse, dándolo á entender con su actitud.) Adios, Ana.... Adios, don Alonso.... (Váse.)

(Cárlos va á seguirle, y se detiene á la puerta, demostrando que lo hace por consideracion á las personas que le rodean. Alonso ha visto este cuadro con extrañeza, y luégo mira á unos y á otros como pidiendo explicacion de lo que sucede. Páusa.)

ALONSO. (Para sí mismo.) (¿Qué pasa aquí?)

CAE EL TELON.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, sentado en una butaca, á la derecha, meditabundo.

CÁRLOS. Todavía resuenan en mis oidos sus palabras. ¿Qué se ha hecho de tu excepticismo, me decia.. ? ¡Ah! ¡Pobre padre!... Si supiera que durante quince años he llevado la sonrisa en los labios y la muerte en el alma!... ¡Si supiera que bajo esta apariencia de felicidad se oculta todo linaje de amarguras...! ¡Que Anita, esa niña que es su vida, su ídolo...! ¿Conque han sido estériles todos mis sacrificios?... ¿Conque hoy aparece de nuevo ese hombre, á quien yo creia muerto, y podrá descorrer el velo que cubre mi deshonra?... ¡Oh!. . Es preciso que la muerte enmudezca sus labios.... Y no pude contenerme en su presencia.... y acaso mi padre habrá sospechado.... ¿Por qué no es el corazon insensible como una roca y el rostro inmóvil como el de una estátua...?

ESCENA II.

DICHO: ANITA, por la primera puerta de la izquierda.

ANITA. ¿Papá? (Acercándose, con timidez, y poniéndole una mano en el hombro.)

CÁRLOS. (Saliendo de su abstraccion.) ¿Quién?.... ¡Anita!

ANITA. Sí, soy yo, papá.

CÁRLOS. ¿Y qué quieres tú aquí? (Con dureza.)

ANITA. Yo, queria....

CÁRLOS. ¿Acabarás alguna vez?

ANITA. ¡Ay, papá! Nunca te he visto como hoy. ¡Y yo que venía á pedirte perdon!

CÁRLOS. ¡Perdon! ¿De qué?

ANITA. De.... pues.... de haber pensado en ese Felipe.

CÁRLOS. ¡Anita!

ANITA. ¿No te gusta ni que le nombre?... Bueno; no le nombraré.... Y mira tú lo que son las cosas.... ¡Me parecia tan franco, tan noble!... Y le habia tomado cariño.... pero ¡cómo ha de ser! (Suspirando.) Ese hombre, que hace llorar á mamá, cuya sola presencia te ha enfurecido, no debe ser bueno.... ¿verdad que nó?...

CÁRLOS. ¿Por qué habrás conocido á ese hombre?

ANITA. Vamos, no te enfades....¡Si ya no le quiero! Mira, yo no entiendo nada de lo que pasa aquí.... Mamá está en su cuarto llorando y no ha querido decirme la causa; abuelito salió y todavía no ha vuelto: tú te pusiste tan serio, que me dió miedo, y te has estado aquí sin hablar con nadie.... ¿Qué es lo que pasa?... ¿Quién tiene la culpa de todo esto?... ¿Yo?... No tengas cuidado ... ya no querré á Felipe... ¡Y sigues tan serio! ¿Pues no te digo que yo haré cuanto tú me mandes?

CÁRLOS. ¡Ana!... (Ella es inocente...)

ANITA. Me da una pena tan grande de verte triste.... Pero es lo que yo digo.... ¿Qué padre rechaza las caricias de una hija?... ¿Qué penas puede tener un padre que las lágrimas de una hija no consuelen?... Por eso vengo aquí, contigo, á llorar á tu lado, sin saber la causa que te entristece, pero sintiéndola lo mismo que si la supiera... (Llorando.)

CÁRLOS. (Enternecido.) ¡Ana!... ¡hija mia!

ANITA. (Acercándose, con mucha ternura y timidez.) ¿Papá? (Cárlos se acerca á ella, levanta su frente con una mano, con la otra coje una de las de Anita, y la besa en la frente.) ¡Ah! ¡me besas...! ¡Ya no estás serio!... ¡Ya no me miras con aquella cara de juez...! (Enjugándose

las lágrimas y sonriendo con infantil alegría.) ¡Qué loca he sido!... Creí que ya no querias á tu hija....

CÁRLOS. (Rechazándola.) ¡Ana!... (¡Qué fascinacion tan extraña se iba apoderando de mí!)

ESCENA III.

DICHOS: ALONSO, por el foro.

ALONSO. Ya estoy de vuelta. (Entrando, dejando el sombrero y colocándose entre Cárlos y Anita, quedando aquél á la derecha y ésta á la izquierda.)

CÁRLOS. Padre....

ANITA. Abuelito....

ALONSO. Y acabo de hablar en este instante con D. Felipe Sotomayor.

CÁRLOS. (¡Ah!)

ANITA. ¿Y qué te ha dicho?... ¡Pero nó, abuelo, no me hables de ese hombre.... le aborrezco!

ALONSO. ¿Tú tambien.... tienes vuelto el juicio como tu padre?... Al cabo de los años mil se acuerda todavía mi señor hijo.... ¡Vaya si eres rencoroso!... y eso que quien debiera mostrarse ofendido sería Sotomayor....

CÁRLOS. ¡Él!

ALONSO. Es claro, hombre, es claro. ¡Si lo sé todo! Como despues de lo ocurrido respondiste á mis preguntas con un obstinado silencio, extrañando cuanto aquí pasaba, y aguijoneado por la curiosidad, corrí tras de Sotomayor, á quien hallé en la fonda donde se hospeda.

ANITA. Sigue, abuelito. (Con rapidez.)

CÁRLOS. ¿Y él le ha referido...?

ALONSO. Todo, todo. Vamos á ver si yo tengo razon. (Cárlos sigue con interés el relato de D. Alonso, temiendo que descubra su secreto, y tranquilizándose á medida que aquél habla: Anita escucha atentamente; Alonso se dirige ya á uno, ya á otra, segun indica el diálogo y sin dar gran importancia á lo que dice.) Figúrate, Anita, que, segun me acaba de referir Sotomayor, asegurándome bajo su palabra de honor que esto es lo cierto, él y tu padre, allá en los tiempos de su juventud, se conocieron en Madrid, estudiaron jun-

tos, escandalizaron juntos la Córte, y cuando tu padre sentó la cabeza, es decir, cuando se casó, su amigo inseparable se convirtió con su ejemplo....

ANITA. ¿Y se casó tambien...? (Con sentimiento.)

ALONSO. Nó, no se casó. Quise decir que dejó de hacer locuras.... pero siguieron tan amigos como ántes.... Por entónces, ántes de que tú nacieras, Anita, fué tu padre nombrado cónsul de España en Marsella, á donde se trasladó con su esposa.

CÁRLOS. Padre....

ANITA. ¿Y qué más?

ALONSO. Sotomayor, que viajaba por Francia, fué á pasar una temporada al lado de su antiguo amigo.—Una noche, en que tu padre celebraba una fiesta en el consulado, y Sotomayor bailaba con tu madre, llegó éste, (Señalando á Cárlos.) pálido y desemblantado, separó á los dos y azotó con su mano el rostro de Felipe. ¿Esto es verdad, Cárlos?

CÁRLOS. ¡Sí, padre mio!

ANITA. Continúa, abuelito. (Con ansiedad.)

ALONSO. Cárlos se negó á toda explicacion honrosa; ni siquiera consintió en avistarse con Sotomayor, que se lo suplicaba, y como la ofensa habia sido pública, al dia siguiente se verificó un duelo, en el que Felipe quedó gravemente herido.

ANITA. ¡Jesus!... Pero.... ¿cuál fué la causa?

ALONSO. Sotomayor la ignora completamente, y áun despues de tantos años no sabe á qué atribuir....

CÁRLOS. (No lo sabe.... ¡El miserable!)

ALONSO. Felipe fué conducido á bordo de un buque norte-americano, cuyo capitan le habia servido de padrino. Aquel mismo dia el buque se hizo á la vela para Nueva-York. Allí recobró la salud, y se dió tal maña, que al cabo de una docena de años se encontró poderoso, y regresó á su país, pero renegando siempre de las amistades y huyendo de la sociedad, por lo cual fué á establecerse al pueblo. Y el caso no era para ménos. Eso de hallarse una estocada sin comerlo ni beberlo.... Y ahora pregunto yo, Cárlos: ¿cuál fué la causa? ¿Alguna ligereza

tuya? ¿Algun motivo insignificante...? Á la fuerza.... porque si hubiera sido cosa de entidad no la ocultarias á tu padre, que tiene absoluto derecho á tu confianza. Nunca me has hablado de este particular....

CÁRLOS. No se ha ofrecido la ocasion....

ALONSO. Conque, Cárlos, vamos á ver.... ¿Qué fué ello?

CÁRLOS. Padre.... Nada, en realidad.... un arrebato mio.... una locura, si usted quiere....

ALONSO. ¡Ya decia yo!

ANITA. ¡Y yo tambien! Si no podia ser.... (Con alegría.)

CÁRLOS. Dí crédito á ciertas palabras.... pero luégo he comprendido que no tenía razon....

ALONSO. Felipe jura y perjura que no sabe la causa....

CÁRLOS. Nó.... si no la hubo.... padre. ¡La ira es tan mala consejera!

ALONSO. ¿Y le guardas rencor todavía?

ANITA. (Apriétale, abuelito.)

ALONSO. (Ahora verás.) Pues no sabes cuánto me alegro de que reconozcas tu obcecacion, porque has de saber que he echado sobre mí una grave responsabilidad.

CÁRLOS. ¿Usted.... padre?

ALONSO. La verdadera amistad debe ser indulgente.... Le encuentras al cabo de quince años y aún le miras con ódio.... la pobre de Julia.... es natural, al ver á Felipe, ha temido.... las mujeres son tan asustadizas.... tan nerviosas. .. pero aquí estoy yo para ponerlos en paz.

CÁRLOS. ¡Padre! (Con extrañeza.)

ANITA. Sí, sí, abuelito.

ALONSO. Sotomayor nunca ha dejado de ser tu amigo; te quiere bien, apesar de todo; despues de oirle, le he asegurado que, ó podria poco, ó lograria que tú volvieras á tenderle la mano, olvidando uno y otro antiguos é injustos resentimientos en aras de la felicidad de Anita.

ANITA. Abuelo.... (Con ternura.)

ALONSO. Te quiere con delirio.... me lo ha repetido cien veces.... Conque, Cárlos, pelillos á la mar.... domina ese orgullo rebelde.... y prepárate á recibirle con los brazos abiertos....

CÁRLOS. ¡Padre!... ¿va á venir aquí ese hombre? (Con espanto.)

ALONSO. Como que yo, yo mismo voy á traerle.... Quiero presenciar la reconciliacion....

(Cárlos se aparta un poco á la derecha, luchando con sus pensamientos.)

ANITA. Abuelo, mira cómo se ha puesto papá otra vez....

(Con temor: Alonso mira á Cárlos con extrañeza.)

CÁRLOS. Padre.... si es imposible.... (Se contiene y procura disimular.) (¿Qué iba á decir?....) Haga usted lo que quiera, padre. Que venga, yo estaré aquí para recibirle con los brazos abiertos.... sí, padre mio, con los brazos abiertos.... (Para ahogarle entre ellos.)

ANITA. ¡Ay, abuelo, qué peso se me ha quitado del corazon! (A Cárlos.) Mira, voy á llamar á mamá para que le des un abrazo.

CÁRLOS. ¡Anita! (Como negándose á ello.)

ANITA. ¡Ha llorado tanto la pobre...! ¡Y lo que me han dado que hacer, abuelo!....

ALONSO. Cárlos, tienes una hija que no la mereces.... ¿No es verdad, Anita, que nosotros nunca hemos tenido un sí ni un nó?

ANITA. Nunca, porque yo hago todo lo que quiere mi abuelito, y mi abuelito hace todo lo que yo quiero. Pero se me olvidaba.... ¡Mamá! (Acercándose á la primera puerta de la izquierda y llamando.)

ALONSO. Estás pensativo. (A Cárlos.)

CÁRLOS. ¿Quién, yo? Nó, padre....

ALONSO. Me habia figurado....

ESCENA IV.

DICHOS: JULIA.

ANITA. Vén, mamá, vén.

ALONSO. Acércate, hija mia.

JULIA. Padre....

ANITA. Ya no hay disgusto.

JULIA. ¿Cómo?

ALONSO. ¿No es cierto, Cárlos? Responde.

CÁRLOS. Es cierto, padre.

ALONSO. ¿Lo oyes?

JULIA. No comprendo....

(Pasa al lado de Cárlos, interrogándole con la mirada. La colocacion es desde la derecha: Cárlos, Julia, Alonso, Anita.)

ALONSO. Cárlos y Felipe vuelven á ser amigos.

JULIA. ¡Amigos!

CÁRLOS. (Disimula y calla.) (Muy bajo.)

ALONSO. Sí.... Yo he interpuesto mis buenos oficios y ahora va á firmarse la paz. Me parece que no soy ningun mal diplomático, y eso que nunca he sido cónsul. (Con satisfaccion.)

ANITA. Pero, mamá.... ¿no te alegras?

JULIA. Yo.... si....

ALONSO. No se hable más del asunto. Vuelvan á reinar el contento y la satisfaccion.

CARLOS. No hay motivo para otra cosa.

ALONSO. Voy en este momento á buscar á Felipe....

ANITA. Eso es, abuelito. (Va por el sombrero de Alonso y vuelve.)

ALONSO. Quedé en avisarle el resultado de mis gestiones y estará impaciente por saberlo.

ANITA. Toma el sombrero. (Presentándoselo.)

ALONSO. Vendrá conmigo, si le encuentro.... No quiero retardarle el placer de....

CÁRLOS. No se detenga usted, padre.

ALONSO. ¡Así me gusta!

ANITA. Abuelo, que vuelvas pronto.

ALONSO. Descuida.... ya voy andando.

ANITA. Te acompañaré hasta la puerta. (Vánse Alonso y Ana por el foro.)

ESCENA V.

CARLOS, JULIA.

JULIA. Cárlos.... ¿Cuáles son tus designios? (Con rapidez.)

CÁRLOS. Julia....

JULIA. He adivinado en tus ojos una intencion siniestra.... Por piedad, no permitas que ese hombre....

CÁRLOS. ¿Qué podia hacer?.... ¿Decir á ese noble y confiado anciano: padre, toda esta felicidad es una mentira, aquí llevamos perpétuamente una careta sobre el rostro, ese Felipe es un miserable...? ¿Querias que le dijera que

Anita, esa niña tan merecedora de interés y de lástima, roba las caricias que le prodiga...? ¡Ah! ¡Que no halle la muerte bajo este techo donde él cree hallar una segunda vida!

JULIA (Con desesperacion.) ¡Dios mio! ¿Por qué no hay una voz para decir la verdad y otra para decir la mentira?... ¿Por qué se ha de confundir la dolorosa aceptacion del martirio con la expiacion vergonzosa de una falta? Falta que sólo existe en tu imaginacion; que no tiene otro fundamento que tus injustas sospechas; que no reconoce otro orígen que tu culpable excepticismo.

CÁRLOS. Yo no creia en el amor ni en la virtud de la mujer.... ¡Qué bien hacía!... Tú lograste fascinarme un momento.... pero luégo apareciste tal como éras.... falsa, hipócrita; ¡mujer al fin!

JULIA. (Persuasivamente.) Tus extraviados pensamientos, tus locas imaginaciones, las doctrinas de tu juventud borrascosa, han sido los únicos elementos que labraron nuestra desdicha. Créeme....

CÁRLOS. ¡Creerte!... (Con explosion de sentimiento.) ¡Ojalá pudiera! Más que tú lo he deseado.... No lo negaré: á veces imagino que sólo he perseguido visiones y fantasmas, mónstruos quiméricos, abortados por la fiebre; que yo soy el más rebelde y obcecado de los hombres ... y tú la mejor y la más desdichada de las mujeres.... Pero.... ¡si es imposible! (Transicion.) Yo recuerdo aquella noche funesta.... recuerdo que se propaló en Marsella la noticia de mi deshonra....

JULIA. ¡Calumnia infame!

CÁRLOS. Julia, el mundo no repara en las virtudes, pero sí en los errores y en los vicios. Nuestra desdicha es la triste consecuencia de tu falta, que todavía reclama sangre.... ¡Y la habrá!

JULIA. ¡Cárlos!.... (Con espanto.)

CÁRLOS. Sotomayor va á venir.... Mi padre va á traer aquí al amigo desleal.... casi me alegro.... así podré, sin que nadie fije en ello su atencion, conducirle á donde reciba el pago de su maldad.

JULIA. ¡Dios mio, envia un rayo que, aunque nos destruya,

alumbre la ceguedad que le envuelve! ¡Tú no te batirás con Felipe!...

CARLOS. (Mirándola fijamente, con ódio y amor á un tiempo.) Tú has amado á ese hombre.... le amas quizás.... ¡Debe morir!

JULIA. ¡Cárlos!...

CÁRLOS. Debe morir, Julia.... Así continuarán, la superficie tranquila y serena; las agudas rocas encubiertas bajo las mansas aguas; el fuego abrasador oculto en las entrañas de la tierra; los volcanes coronados de flores; la queja disfrazada con la risa.... ¡Ah! muchas veces toma la vida las apariencias de la muerte, y aquí ¡cosa extraña! es la muerte quien toma las apariencias de la vida.

JULIA. (Con energía.) Quiera Dios que cuando reconozcas tu error no sea demasiado tarde. Acuérdate de que la inocencia padece el martirio, pero vence al fin. La calumnia, yo no sé cómo ni por qué, me ha envuelto en sus redes tenebrosas. No tengo otros medios para justificarme que las súplicas y las lágrimas; desoidas aquéllas, despreciadas éstas. Pero debo evitar el nuevo crímen que meditas. Yo acudiré á tu buen padre, y él sabrá....

CÁRLOS. Sabrá que eres una esposa infiel, sabrá todo lo que se le oculta....

JULIA. Y no tengo pruebas con que defenderme.... ¡y me creerá culpable!

CARLOS. Julia, tú has sido testigo de mis sacrificios y de mi silencio durante muchos años.... ¿Quién sabe si, más que de la mia, he cuidado de tu propia reputacion? ¿Quién sabe si este mismo cuidado me impulsa hoy á matar á ese hombre?...

JULIA. ¡Cárlos!....

CARLOS. ¡Silencio!... ¡Anita!

ANITA. (Saliendo por el foro.) ¿Papá?

CARLOS. (Bruscamente, yéndose por el foro.) ¡Déjame!

ESCENA VI.

JULIA, ANITA.

ANITA. ¿Se ha enojado otra vez?... ¿Este es el cuento de nunca acabar?

JULIA. ¡Anita!... ¡hija de mi corazon!

ANITA. ¿Qué tienes, mamá?... ¿Tambien te has puesto triste? ¡Vaya, vaya! Veo que aquí no hay más que dos personas de juicio, mi abuelito y yo. ¡Estoy tan contenta porque papá va á hacer las paces con Felipe!

JULIA. ¡Con Felipe!

ANITA. Has pronunciado ese nombre con tal extrañeza....

JULIA. ¡Ay, Ana, hija mia, no ames á ese hombre!

ANITA. Mamá.... ¿por qué dices eso?... Mira, lo que es amarle, yo no sé si le amo.... pero me agradan tanto sus atenciones.... tengo tal complacencia en oirle.... y sentia venirme del pueblo porque él se quedaba allí.... pero nada más.

JULIA. Ana.... ¡pobre hija mia!

ANITA. Pero, díme, mamá.... ¿Felipe....?

JULIA. La desgracia entra con él en todas partes.

ANITA. (Reflexiva.) ¿Ántes era papá quien no queria.... y ahora eres tú?... Yo no entiendo esto.

JULIA. Ni quieras entenderlo, hija mia.

ANITA. Es extraño. (Queda pensativa.)

JULIA. ¿Qué piensas, Ana? (Con angustia.) ¡Por Dios, hija de mi alma! ¿crees que tu madre....?

ANITA. ¡Nó, mamá! Sólo creo que te quiero con todo mi corazon. (Se abrazan.)

ESCENA VII.

DICHAS; CARMEN.—Ésta apoyada en Manuel.

CÁRMEN. ¿Julia?

JULIA. ¡Cármen!... ¡Otra vez aquí! (Acude á auxiliarla, y váse Manuel.)

ANITA. Mamá.... ¿Esta es la señora que lloraba cuando le hablaste de mi hermanita Elena?

JULIA. ¿Por qué vuelve usted, Cármen?... ¿No le prometí que mañana...?

CÁRMEN. (No lo he olvidado....) Anita, siento una alegría tan grande al verte.... (Siéntase en una butaca, á la izquierda.)

ANITA. Señora....

JULIA. ¡Cármen!...

CÁRMEN. Julia, el ódio habia separado á dos mujeres: el amor acerca hoy á dos madres.

ESCENA VIII

DICHAS; MANUEL, por el foro, llamando aparte á Anita. Cármen figura hablar con Julia.

MANUEL. Señorita.... señorita Ana.... (Con voz muy baja.)
ANITA. ¿Qué ocurre?
MANUEL. Que el señor.... Venga usted.
ANITA. (¿Qué habrá sucedido?) (Váse apresurada, seguida de Manuel, por el foro.)

ESCENA IX

JULIA, CARMEN.

CÁRMEN. ¿Por qué se va Anita?
JULIA. No sé.... habrá vuelto su abuelo y correrá á encontrarle....
CÁRMEN. Julia, le parecerá extraña mi nueva visita, pero tengo necesidad de justificarme.... quiero remediar las desgracias que haya causado mi conducta....
JULIA. No comprendo....
CÁRMEN. Usted no es feliz, Julia. Lo he adivinado.
JULIA. Pues bien.... Cármen.... no se lo negaré.... ¡Soy muy desgraciada!
CÁRMEN. No me habia yo engañado. ¡Ah!... Me ahogo.... Apénas puedo respirar.... (Angustiosamente.)
JULIA. Tranquilícese usted, Cármen....
CÁRMEN. Usted lo sabrá todo, y oyéndome, de seguro, disculpará mis faltas, ó, cuando ménos, me tenderá una mano compasiva y me otorgará su perdon....
JULIA. Cármen....
CÁRMEN. Yo amaba á Cárlos con toda mi alma, ántes de su casamiento.... pero él dudaba de mí, porque no creia en el amor ni en la virtud de ninguna. ¡Ay! Nunca la primera falta es considerada como la primera. Se juzga

que es el último el primer paso dado en la senda del mal. Créese, apénas se han puesto los piés en el camino, que ya se ha llegado á su término. Cárlos me abandonó á la infamia que él mismo habia labrado, dejándome caer sola en el abismo que él abrió por su propia mano.

JULIA. Esa historia.... (Queriendo interrumpirla.)

CÁRMEN. Debo referirla para mi justificacion. Fuí lanzada de la casa paterna.... La desesperacion y el hambre hicieron lo demás. (Con mucho sentimiento.)

JULIA. (¡Pobre mujer!) (Compasivamente.)

CÁRMEN. No tuve valor para morir.... ¡Era tan jóven y tan hermosa!... Sentí un deseo de venganza violento, inextinguible. Un dia supe que Cárlos estaba casado, que era feliz.... ¡él! Esta noticia avivó mi ódio....

JULIA. ¡Ah!

CÁRMEN. Entónces le seguí á todas partes, le deslumbré con mi hermosura, hermosura de ángel caido, pero que aún conservaba algun reflejo del cielo.... y, por último, en Marsella, Cárlos cayó á mis plantas, humilde ante la que habia sido orgulloso, rogando ante la que habia despreciado, pidiéndome participacion en mi ignominia, ¡él! que no habia aceptado mi pureza. Para completar mi venganza, cuando le ví más esclavizado, le abandoné, abandonando, al propio tiempo, á mi desdichada hija....

JULIA. Y yo, al ver la desesperacion de mi marido, al saber que Elenita iba á ser depositada en uno de esos establecimientos donde recoge la caridad á los niños sin padres, yo misma, olvidando mi injuria, dije á Cárlos: trae esa niña á nuestro hogar, yo le daré mi nombre, aparecerá como hija de nuestro matrimonio.... que no sienta esa pobre criatura el horrible peso de las injusticias sociales, que infaman á los hijos porque son débiles y perdonan á los padres porque son más fuertes.

CÁRMEN. ¡Ah! ¡No sabe usted cuánto he llorado aquel abandono! ¡Hija de mi alma! ¡Qué buena ha sido usted, Julia! Y pensar que yo.... Óigame usted.... Debo hacerle todavía una confesion vergonzosa, pero indispensable para mi eterna tranquilidad, y para devolver á usted la suya.

JULIA. Cármen.... temo averiguar.... y lo deseo....

CÁRMEN. Yo odiaba á Cárlos: usted era su esposa, y la envolví en el mismo ódio....

JULIA. Siga usted....

ESCENA X

DICHAS: ANITA, despues CÁRLOS.

ANITA. ¡Ay, mamá de mi alma! (Muy afligida.)

JULIA. ¿Qué tienes, hija mia?... ¡Me asustas!

CÁRMEN. Estás pálida....

ANITA. Quiero llorar.... y no puedo....

JULIA. Habla....

CÁRMEN. Vamos....

JULIA. Cálmate.... y explica....

ANITA. Papá acaba de recibir un parte telegráfico cuyo contenido ignoro.... Sólo sé que le ha causado mucha pena porque llora.... Al verle así, quise informarme de lo ocurrido y consolarle.... y papá me rechazó bruscamente. ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo á papá que no me quiere? (Llorando.)

CÁRLOS. (Saliendo por el foro, muy alterado.) Julia....

JULIA. ¿Qué ocurre, Cárlos?

CÁRMEN. ¡Ah! (Viendo á Cárlos.)

CÁRLOS. ¿Qué mujer es esa?... Cármen.... ¡usted aquí!

ANITA. Pero, papá, ¿qué sucede? ¿qué tienes?

CÁRLOS. Que el tren va á partir dentro de pocos momentos.... y salgo para Aranjuez....

CÁRMEN. ¡Para Aranjuez!... ¡Ah!... (Sobresaltándose.)

CÁRLOS. No puedo perder un minuto....

ESCENA XI

DICHOS: ALONSO, FELIPE, por el foro.

ALONSO. Pase usted, pase usted. Cárlos, aquí tienes á Sotomayor. (La colocacion es desde la izquierda: Cármen, Julia, Anita, Alonso, Cárlos y Felipe.)

FELIPE. ¡Cárlos!... ¡amigo mio! (Tendiéndole la mano.)

ANITA. (¡Felipe!) (Con alegría.)

JULIA. (¡Dios mio!) (Con temor.)

CÁRLOS. Felipe.... (Le da la mano.) Padre, ahora mismo marcho á Aranjuez.... El tren va á salir.... (¡Y este hombre!...) He recibido un parte telegráfico: en él se me dice que Elena está muy enferma.... que me apresure.... Quiera Dios que cuando llegue....

CÁRMEN. ¡Ah!

CÁRLOS. Dispénsame, Felipe.... y adios. Ya nos veremos, ya nos veremos.... (Con acento amenazador.) (Primero que este hombre, es mi hija. Cuando vuelva....) Adios, padre.... (Yendo hácia el foro.)

ALONSO. No te alarmes.... Quizás no será nada. (Acompañándole.)

CÁRMEN. ¡Hija de mi corazon! (Sollozando.)

FELIPE. ¡Pobre amigo! (Mirando á Cárlos.)

CÁRLOS. (En el foro, con voz reconcentrada, y sólo para Alonso.) Adios.... padre.... no puedo detenerme.... quiera Dios que el esposo sin esposa no sea tambien, cuando vuelva, padre sin hija....

ALONSO. Sin hija....

CÁRLOS. Sí.... Elena es la única que tiene aquí derecho á mi cariño.... ¡Adios padre! (Váse por el foro.)

CÁRMEN. ¡Julia!... mi hija.... mi hija.... Quiero ir á verla.... (Haciendo esfuerzos por levantarse: Anita y Julia acuden á socorrerla.)

ALONSO. (¿Qué es esto?...) (Pensativo.)

FELIPE. Siento infinito haber llegado en tan triste ocasion.... (A Julia.)

CÁRMEN. ¡Ay! Me ahogo.... mi hija.... mi Elena.... ¡Ay! (Queda desvanecida.)

ANITA. Vén acá, abuelo....

ALONSO. (Esta mujer....) Anita.... ayúdame á llevarla á esa habitacion. (Anita y Alonso conducen á Cármen á la primera puerta de la izquierda, por donde se van.)

ESCENA XII.

JULIA, FELIPE.

JULIA. Felipe.... no vuelva usted á esta casa.... (Rápidamente.)

FELIPE. Julia.... si ya Cárlos....

JULIA. Usted lo ignora todo....

FELIPE. Está convencido de que era injusto su rencor; de que he sido siempre su leal amigo; de que no hubo causa para....

JULIA. ¡Sí, yo lo sé! Pero él, él cree....

FELIPE. Julia, aquí hay un misterio que en vano quiero adivinar. Sea usted franca conmigo....

JULIA. No puedo. Bastante le he dicho.... Usted, sin culpa alguna, es el orígen de todas mis desgracias.

FELIPE. Yo, que siempre he respetado á usted tanto, que, merced á sus buenos consejos, correjí mis juveniles extravíos....

JULIA. Usted, Felipe.... Se lo suplico con toda mi alma.... No vuelva usted.... Sea generoso.... ¡Su presencia es funesta para mí!... (Aparece Alonso en la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS: ALONSO.

ALONSO. (Su presencia es funesta para mí....) Julia.... ¿Qué quieren decir esas palabras?...(Con severidad, y colocándose entre Julia y Felipe.)

JULIA. ¡Ah, padre mio!

FELIPE. Señor don Alonso, yo ignoro....

ALONSO. ¡Julia, pasan aquí unas cosas tan extrañas!... ¿Quién es esa mujer que habla aquí de su hija, que al oir que la vida de Elena está en peligro cae en un mortal desmayo? ¿Por qué cuando tu esposo corre desolado á recibir quizás el último suspiro de su hija; cuando Anita llora, tú, Julia, que sabes que tu hija se muere, no derramas una lágrima, ni exhalas un gemido?... Mi razon se pierde.... Temo adivinar....

JULIA. Padre....

ALONSO. ¿Qué mujer es esa, Julia? ¿Qué hija viene á buscar á tu casa?... ¿Bajas los ojos? ¿Suspiras...?

FELIPE. (¿Qué es esto?) (Para sí.)

JULIA. (Con sentimiento y energía á la vez.) ¡Ah! padre mio, que Anita ignore.... Por ella, solamente por ella he fingido alegría teniendo destrozado mi corazon.... Mis fuerzas se han agotado en esta lucha horrible, y mi cuerpo es ya débil para resistir el esfuerzo del alma. Padre, ocasion

es de confesarlo todo. Elena es hija de esa mujer.... y de mi marido. (Con esfuerzo supremo.)

FELIPE. (¿Qué oigo?) (Para sí.)

ALONSO. (Con asombro é indignacion.) ¡Y es mi propio hijo el que olvida así los más santos deberes! ¡Ni el amor de la esposa, ni el cariño de la hija han logrado...! Julia, al ménos, busquemos una disculpa á su conducta abominable, á su criminal y odioso comportamiento....

JULIA. Hubo un dia en que Cárlos dudó de mi amor y de mi virtud.....

ALONSO. (Con tristeza.) ¡Ah! Conque no se ha extinguido en él esa funesta semilla.... la duda.... siempre la duda.... Todo lo comprendo ahora.... (Meditando, pero con rapidez.) Nó.... No lo comprendo.... No era este motivo bastante poderoso para que Cárlos.... otras causas, otras razones debieron existir.... (Mira alternativamente á Julia y á Felipe, y á la vista de éste parece asaltarle una nueva idea.) ¡Ah! Su desafío con Sotomayor, el ódio que le ha conservado durante tantos años.... tu espanto, al ver hoy á este hombre.... (A Julia.)

JULIA. ¡Padre!

FELIPE. ¡Señor don Alonso!

ALONSO. La ignorancia que usted finge, porque otra cosa no es posible, del motivo de aquel desafío; la repulsion que alguna vez he notado en Cárlos hácia Anita.... ¡Ah!... ¡Qué rayo de luz penetra al fin en este abismo! Sotomayor.... Julia.... ¿qué habeis hecho de la honra de mi hijo?

JULIA. ¡Ah! (Dolorosamente.)

FELIPE. (Con dignidad.) Señor don Alonso.... Ya veo claramente la horrible trama que se ha forjado contra Julia y contra mí.... ¡Pero esto es una infame calumnia!

JULIA. ¡Sí, padre mio, una calumnia infame!

ALONSO. La venda cae, por fin, de mis ojos.... ¡Esposo sin esposa.... padre sin hija!... ¡Dios mio, haz que todo esto sea un sueño.... la realidad me mataria! (Cae en una butaca, á la derecha, agotadas sus fuerzas, y solloza ocultando el rostro con las manos.)

ESCENA XIV.

DICHOS: ANITA: al final, CARMEN.

ANITA. Abuelo, esta señora no quiere que me separe de su cabecera.... y llora.... y llama á mi hermanita Elena.... Vén, abuelo, tú, que eres médico.... (Acercàndose á él y queriendo tomarle una mano.)

ALONSO. Aparta, desdichada. (Rechazándola, con dolor.)

ANITA. ¿Qué tienes?... ¡Se ha demudado tu semblante! ¿Tú tambien me rechazas como papá?... ¿Tampoco me quieres?... ¿Qué falta es la mia?

ALONSO. (Levantándose muy conmovido y abrazándola.) Ninguna, ninguna. Sólo la muerte podrá extinguir el cariño que te profeso.... Pero no quieras á ese hombre, porque su amor....

JULIA. ¡Padre! (Interrumpiéndole, con rapidez.)

FELIPE. ¡Señor Don Alonso! (Idem.)

JULIA. ¡Ay, no puedo más! ¡Me siento morir! (Vacila, va á caer, y Anita la sostiene.)

ANITA. ¡Mamá! ¡Madre de mi alma!

JULIA. (Reponiéndose, y como fuera de sí.) Vén, Ana: arrodíllate á los piés de tu abuelo.... (La hace arrodillar.) Suplícale que te escuche.... haz que tu acento llegue á lo más íntimo de su corazon, y díle: ¡Señor, mi madre, mi pobre madre es inocente! (Con suprema energía.)

ANITA. Si no sé de que te acusan.... pero yo, abuelito, te hablo en su nombre y te digo que mamá es inocente.

ALONSO. (Enternecido.) ¡Ana!

FELIPE. Y yo, á quien usted ha tenido siempre por hombre honrado; yo, que lo soy, pido ahora á Julia y al señor don Alonso la mano de Anita.... Usted no crerá que haya un padre tan malvado que....

ALONSO. Nó.... no lo creo.... Anita.... Julia.... ¡Felipe, amigo mio! (Levanta á Anita, abraza á ésta y á Julia, y tiende su mano á Felipe, el cual la estrecha. Estúdiese el grupo.)

JULIA ¡Dios bendiga á usted!

CARMEN. (Dentro.) Anita.... (Pausa breve.—Anita corre á la primera puerta de la izquierda y mira hácia dentro.)

ANITA. ¡Ah!... La enferma....

CÁRMEN. (Dentro.) Anita.... Julia....

ANITA. (Desde la puerta.) Se ha levantado.... y viene hácia aquí.... (Cármen sale pálida, desfallecida, anda trabajosamente y habla con dificultad: no pasa de la puerta y se apoya en ella. Alonso y Felipe se acercan á Cármen, y Julia queda en medio de la escena. Todos contemplan á Cármen con interés y ansiedad.)

CÁRMEN. Todo lo he oido.... ¡Esa mujer es inocente! (Quiere seguir hablando y no puede: desmáyase y la sostienen Anita, Alonso y Felipe.)

JULIA. (Cayendo de rodillas.) ¡Dios mio, que viva.... y que hable.... que hable!

TELON RÁPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO, MANUEL.

MANUEL. ¿Usted no cree que podrá salvarse?

ALONSO. Mucho temo que nó. (Paseando.)

MANUEL. Mire usted, señor; todavía tengo el corazon oprimido.... Es muy duro el trance por que ha pasado esa pobre señora.... Y luégo, como le cuesta tanto trabajo pronunciar cualquier palabra.... debe padecer mucho.

ALONSO. Sí; es una enfermedad terrible la suya.

MANUEL. Pero ... ¿no tiene remedio?

ALONSO. Ninguno.

MANUEL. Entónces....

ALONSO. No es esto decir que muera hoy. Esas enfermedades siguen un curso tan irregular, tan extraordinario, que burlan, frecuentemente, las previsiones de la ciencia..... ¡Pobre mujer!

MANUEL. El señor cura, cuando salió de confesarla, iba diciendo: Dios quiere más al pecador arrepentido que al que nunca ha pecado. Y la verdad es que esa señora no puede tener queja.... ¡No hubieran hecho más los suyos!... La señorita Ana y su madre, desde ayer, no se han separado de su cabecera, cuidándola con un esmero y un cariño....

ALONSO. Manuel, es preciso avisar á la parroquia para que administren á la enferma: es el último consuelo que da la Iglesia á los moribundos....

MANUEL. Yo iré en seguida, señor.... (Da algunos pasos hácia el foro y vuelve.) Bien dicen que hay dias malos en las casas. Ya ve usted.... Bastante tribulacion teníamos con la enfermedad de la señorita Elena, y, además, se nos entra por las puertas esa mujer....

ALONSO. No tardes en ir á la parroquia....

MANUEL. Voy al momento. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

ALONSO, á poco JULIA, por la puerta primera de la izquierda.

ALONSO. Todavía puede esperarse una crísis favorable. ¡Son tan prodigiosos los misterios de la naturaleza! Pero sería una crísis transitoria: más tarde, ó más temprano, esa enfermedad....

JULIA. (Saliendo.) ¿Padre?....

ALONSO. ¿Qué ocurre, Julia? ¿Hay novedad?

JULIA. Nó.... Sigue respirando fatigosamente: abre los ojos, me mira como si quisiera decirme algo.... va á hablar, y sus palabras se confunden con el ahogado ruido de su difícil respiracion.... Temo, padre mio, que Cármen muera sin hablar, porque puede justificarme y devolverme la tranquilidad perdida. Padre.... ¿volverá á hablar?

ALONSO. No puedo asegurarlo. Cármen padece una lesion del corazon, una atrófia, que ha ido disminuyéndolo, originada, sin duda, de afecciones morales, como casi todas las enfermedades de esa índole. Está herida de muerte: árbol cuyo tronco se ha minado, viene á tierra con un leve esfuerzo.

JULIA. Yo deseo que hable.... que descubra....

ALONSO. ¿Para qué?... ¿No lo sé yo todo?

JULIA. Sí, pero Cárlos....

ALONSO. Cárlos me creerá, como yo te he creido. Cuando vuelva y sepa que Felipe ha pedido la mano de Anita, se con-

vencerá de su error y se arrepentirá de sus faltas.

JULIA. ¡Dios oiga á usted, padre mio! (Con efusion.) Es imposible que usted comprenda cuántas humillaciones he devorado, cuántas lágrimas he vertido.... ¡Parece mentira que la mujer, toda debilidad, encuentre tanta resistencia para el dolor!

ALONSO. Sí: ya me has referido tus heróicos sacrificios; tu noble y generosa conducta con Elenita, la hija de tu marido y de Cármen....

JULIA. Padre, yo tambien tengo una hija, y por ella soportaba todos mis martirios, si no con alegría, con resignacion á lo ménos. Muchas veces, cuando la paciencia se acababa; cuando el injusto desprecio de Cárlos, hiriéndome en el alma, me hacía pensar en el divorcio, en una separacion eterna, miraba á Anita, á mi pobre Anita, tranquilamente dormida en su cuna, y la besaba.... la besaba.... pero mis labios ardian con la fiebre y los besos despertaban á la niña, que rodeaba mi cuello con sus manecitas.... y entónces la madre exclamaba: ¡Dios mio, apure yo todos los tormentos!... ¡Piedad para mi hija! (Con ternura.)

ALONSO. Me estás conmoviendo....

JULIA. Y ella parecia comprenderme, y redoblaba sus caricias, y yo la dormia de nuevo; pero en mis brazos para que el ángel protegiera á la madre.

ALONSO. Tén confianza en mí. Yo haré que Cárlos vuelva al camino del bien....

JULIA. Luégo, cuando Anita fué creciendo, cuando dejó de ser niña.... cuántas angustias, cuántos temores asaltaban mi pensamiento, de contínuo! Temia verla calumniada, como yo; temia que el hombre á quien eligiera para esposo supiese las dudas de Cárlos; que las preocupaciones sociales labrasen la infelicidad de mi hija.... y temblaba y me estremecia de espanto cuando pensaba en esto.

ALONSO. Lo comprendo, Julia....

JULIA. (Con desfallecimiento.) ¡Ah, padre mio! Mis fuerzas están agotadas.... No puedo fingir ni disimular por más tiempo....

ALONSO. (Con dulzura.) Alza la cabeza, hija mia: has pádecido tanto,

que tienes derecho á mostrarte orgullosa de tu virtud. Cárlos, ahora, cuando sepa lo ocurrido, reanudará su amistad con Sotomayor.... á quien extraño no ver ya por aquí....

JULIA. Ha pasado tan mala noche, velando á la enferma, que estará descansando todavía.

ALONSO. No tardará en venir.—Lo que sí me sorprende es que mi hijo, desde ayer, no haya escrito, ni enviado un parte telegráfico, para tranquilizarnos respecto á la salud de Elenita....

JULIA. No habrá sido cosa de cuidado....

ALONSO. ¿Quién sabe?... aquella niña estaba tan delicada, tan enfermiza.... No las tengo todas conmigo.

JULIA. ¿Piensa usted...? (Con interés.)

ALONSO. Nada, nada.... (Dios quiera que me engañe....) En fin, pronto hemos de saberlo. (Mira el reloj.) Falta muy poco para que llegue el tren, y si la enfermedad es ligera y no ofrece peligro, es de esperar que Cárlos venga hoy.

JULIA. Y verá á Cármen, y ella le hablará....

ALONSO. Esa mujer va á ser administrada, Julia. Prepáralo todo.

JULIA. Pero.... ¿tan grave es su estado, padre?

ESCENA III.

DICHOS: ANITA, por la primera puerta de la izquierda.

ANITA. Mamá.... Abuelito....

ALONSO. ¡Hola, enfermera!

JULIA. ¿Qué sucede?

ANITA. Ha abierto los ojos y me ha mirado....

JULIA. Pero ¿habla?

ANITA. Ha pronunciado un nombre.... Elena.... Tiene los ojos fijos en la puerta, con una ansiedad.... como si esperára ver entrar á álguien.... Abuelito, me parece que está mejor.... Respira con más facilidad.... ¡Ay, Dios quiera que se salve!

ALONSO. No hay que confiar mucho....

ANITA. Digo yo que se ha mejorado, porque me ha reconoci-

do.... y me mira de un modo.... y extiende la mano para acariciarme.... Yo la beso en la frente; le encargo que se esté muy quietecita, y ella me obedece. Lo que no he podido conseguir es que se desnude. Me dijo anoche que queria estar vestida para ir á ver á su hija, y como usted ha mandado que no se la contradiga en nada....

ALONSO. La contradiccion más leve le ocasionaria un agravamiento invencible ...

ANITA. Y papá sin escribir.... sin decirnos cómo está Elenita.... ¡Vaya por Dios! (Con mucha tristeza.)

JULIA. No te aflijas, Ana.

ANITA. ¡Perdon, mamá de mi alma! Yo me ahogo de pena: necesito llorar; llorar mucho. ¡Siento un peso en el corazon! Ignoro lo que tengo, pero hay algo en derredor mio que mi razon no alcanza á comprender; algo que me espanta....

ALONSO. Ana.... me asustas....

ANITA. Tengo una tristeza.... ya ves que ni siquiera me acuerdo de Felipe.... ¡Oh, cuando yo decia que era bueno! ¡Con qué solicitud ha velado toda la noche junto á la enferma!... Tú y yo dábamos, alguna vez, nuestras cabezadas; pero él no cerró los ojos un instante.

JULIA. Padre, ¿cree usted que Cármen se haya mejorado?... ¡Lo deseo tanto!

ALONSO. Todo puede suceder, hija mia....

ANITA. ¿Por qué no vienes á verla?

ALONSO. Ahora mismo.

ANITA. Vén conmigo, abuelito. (Vánse por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA IV.

JULIA.

¡Si Dios quisiera hacer un milagro! ¡Ah! (Con desaliento.) No sé por qué abrigo esta consoladora esperanza, cuando ninguna debo acariciar.... Yo conozco demasiado bien á Cárlos, y para convencerle de mi inocencia sería preciso que Dios le tocase en el corazon.... ¡Dios mio, apiádate ya de mi martirio! ¡Compadécete de mi pobre Ana! (Se dirige á Alonso, que sale.)

ESCENA V.

DICHA: ALONSO.

JULIA. ¿Sigue la gravedad?

ALONSO. Sí.... Parece, sin embargo, que está próxima á determinarse una crísis favorable....

JULIA. ¡Ah!

ALONSO. Pero, de todas maneras, el caso es desesperado: más tarde, ó más temprano, la enfermedad que padece la llevará al sepulcro. Es una sentencia de muerte aplazada.

JULIA. Bien: mas.... por ahora....

ALONSO. ¿Quién sabe?.... La vida es como las tormentas, que empiezan y acaban con relámpagos: el fin es como el principio.

ESCENA VI.

DICHOS; CÁRLOS, por el foro.—Sombrío y extraño, debe demostrar por las actitudes y modo de expresar las ideas, en ocasiones oportunas, la perturbacion mental que se va apoderando de su cerebro, y que al final se determina completamente.

CÁRLOS. ¡Padre!

ALONSO. Cárlos.... hijo mio.... esa palidez.... (Acude á él.)

CÁRLOS. Acabo de llegar en este momento....

JULIA. ¿Cómo dejas á Elena?

ALONSO. ¿No oyes, Cárlos? (Con ansiedad.)

CÁRLOS. Elena.... Elena.... (Con voz entrecortada.)

JULIA. ¿Qué?... (Temiendo adivinar.)

ALONSO. ¿Ha muerto?.... (Comprendiéndolo.)

CÁRLOS. Sí. (Muy bajo.)

JULIA. ¡Pobre niña! (Con lástima.)

ALONSO. ¡Muerta! (Con enternecimiento.)

(Cárlos viene al centro del proscenio: Alonso queda á la izquierda, Julia á la derecha.)

CÁRLOS. Sí, padre.... cuando llegué ya todo era inútil. Sólo tuve el triste consuelo de verla espirar en mis brazos. (Con exal-

tacion.) ¡Oh!... Hasta ahora no he sabido cómo se quiere á una hija.... Vengo loco de dolor, padre mio. Aquella niña era mi alegría, mi vida....

ALONSO. Cárlos.... (Queriendo consolarle.)

CÁRLOS. ¡Era tan desgraciada!... Ella lo ignoraba, pero, de seguro, lo habia adivinado.... Me parece que aún la contemplo, con su vestido blanco; las manos castamente cruzadas sobre el pecho; entreabiertos los labios, como esperando todavía el último beso de su padre; coronados sus cabellos con una guirnalda de blancas florecillas; velados los ojos por sus largas pestañas, como si durmiera en un tranquilo sueño; reflejándose en su pálida y serena frente la melancólica tristeza que ha ido consumiendo su vida. Yo estaba llorando junto al lecho de muerte, solo.... nó, solo nó. Todas las compañeras de Elenita estaban tambien arrodilladas detrás de mí: el resplandor fúnebre de los cirios alumbraba á aquellas hermosas niñas, que rezaban, llorando, por su amiguita Elena.... ¡Único duelo que ha tenido mi pobre hija! (Con mucho sentimiento.)

ALONSO. Vamos, Cárlos, cálmate....

CÁRLOS. Luégo la cubrió un montoncillo de tierra.... Ha vivido sola y ha muerto sola....

ALONSO. Cálmate, cálmate.... su madre, moribunda, está en esa habitacion inmediata.... pudiera oirte y....

CÁRLOS. ¿Qué me importa?

ALONSO. (Con severidad y ternura á un tiempo.) Elena será en el cielo mucho más feliz de lo que hubiera sido aquí en la tierra. Allí los hijos no son responsables de las culpas de los padres.... allí no usurpará esa inocente un nombre que no tenía derecho á llevar: allí no tendrá una familia que no era la suya.

CÁRLOS. Padre, esas palabras.... (Con extrañeza.)

ALONSO. Todo lo sé, Cárlos.

CÁRLOS. ¿Julia quizás?... Me acusa.... ¿no es cierto? (Sarcástico.)

JULIA. ¿Yo?... ¡Qué mal me conoces! (Con dignidad.)

ALONSO. Nó, no ha sido ella.... Cármen, que vino aquí á buscar á su hija, con quien ha de reunirse muy pronto, ha hecho algunas tímidas revelaciones.... Felipe ha pe-

dido la mano de Anita.... Creo que con esto último basta para disipar tus dudas.... Me parece que no supondrás....

CÁRLOS. ¿Es posible?... Sí, padre, lo supongo todo, y sólo veo en ese amor que finge á Anita un torpe y doloso pretexto para.... (¡Oh, ese hombre!...)

JULIA. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Padre, usted, apesar de sus años, tiene poca experiencia del mundo, porque ha vivido alejado de la sociedad.... Yo, que la conozco; yo, que he aprendido—¡costosa enseñanza!—á juzgarla como se merece, no puedo ser engañado con tanta facilidad: yo no soy un anciano crédulo y sencillo.... ¡Bien lo sabe Julia!

ALONSO. Lo que ella sabe, lo que yo sé, es que tú nunca has tenido razon para ultrajarla ni desconfiar de ella; que tú has estado ciego y has tomado por realidades, soñadas y quiméricas imaginaciones.

CÁRLOS. Padre, es verdad que estuve muy ciego. (Irónico.)

ALONSO. Sí, tan ciego, que no has visto la resignada virtud de tu esposa, ni su abnegacion sublime al abrir esta casa á tu hija, al servirla de madre....

CÁRLOS. ¿Piensa usted que yo desconozco la intencion que la guiaba; que me deslumbró con su generosidad aparente...? Al principio, sí, tuve la debilidad de creerla; pero luégo.... Padre, el criminal es cobarde y humilde ante el hombre honrado; atrevido y soberbio ante el criminal: el crímen busca al crímen, y es porque el delito ajeno parece como que excusa nuestro propio delito.... ¿No es verdad, Julia, que por eso te ofreciste á ser la madre adoptiva de Elena?... ¿No es verdad que, recordándome, por este medio, mi falta, creias desarmarme para castigar la tuya?

JULIA. ¡Ah, qué ruin pensamiento! (Con indignacion.)

ALONSO. ¡Cárlos, Cárlos! (Procurando templarle.)

CÁRLOS. Yo comprendí que era un martirio para Julia la vista de Elena, y la llevé al colegio, donde ha muerto la desdichada.... El abandono y la soledad le han ocasionado la muerte.... Sacrificio que no merecia esta mujer.

JULIA. Basta, Cárlos. Mírame frente á frente: el llanto se ha

secado en mis ojos, las quejas y las súplicas han huido de mis labios.... Mírame ... si fuera criminal, me verias temblar en tu presencia y caer avergonzada á tus piés. Por el contrario, mi conciencia me da fuerza para oirte y energía para despreciarte.

ALONSO. Julia.... (Conciliador.)

CÁRLOS. Padre, la hipocresía se cubre con el manto de la virtud.

JULIA. ¡Ah!

ALONSO. ¿Qué pruebas tienes para acusarla?... Responde....

CÁRLOS. ¡Pruebas!

ALONSO. Ninguna. Has desconfiado de tu esposa porque desde tu juventud estás acostumbrado á dudar de todas las mujeres.... ¡Maldito excepticismo! Llega un dia en que su funesta semilla fructifica en el seno de la familia, y el esposo duda de la esposa, el padre de la hija, el hermano de la hermana.... Cárlos, hijo mio, á veces una alucinacion nuestra....

CÁRLOS. Nó, padre. Hace quince años que la opinion pública acusó á esa mujer....

ALONSO. ¡La opinion pública.... la opinion pública!... Pero, desventurado, ¿ignoras que la reputacion más limpia, la mejor cimentada, está á merced de esa misma opinion? La calumnia es el edificio que se levanta en un segundo y sólo se destruye tras largos años de trabajo: la honra es el templo que se edifica laboriosamente, en fuerza de años y de constancia, y que se derriba con un leve soplo.

CÁRLOS. Sí; por eso vino al suelo tan fácilmente: una liviandad bastó á derribarlo.

ALONSO. Te engañas á tí mismo.... Cárlos, en nombre de Dios, devuelve á esa mujer santa y mártir tu cariño, tu proteccion....

JULIA. No ruegue usted más, padre: nó perdon, justicia es lo que necesito.

ALONSO. Cárlos, Julia es digna de tu estimacion. Ámala.

CÁRLOS. ¡Jamás, padre mio, jamás! (Con energía.) Parece mentira.... Yo, que todo lo ocultaba, encuentro hoy una complacencia en que se descubra.... La del esclavo que, despues de muchos años de servidumbre, rompe las ca-

denas, y hace gala de su libertad, sin cuidarse de que se le vean las sangrientas señales de los hierros que le oprimian. Arranco la máscara de mi rostro: delatará mis amarguras.... ¿qué importa?... respiro.... He fingido tanto tiempo ser un hombre feliz, que hallo placer ahora en que todo el mundo sepa que soy muy desgraciado.

ALONSO. Cárlos....

CÁRLOS. Para usted, para la sociedad, he sido tanto tiempo el esposo de esa mujer.... el padre de Ana, de esa niña, cuyo nacimiento ví con horror....

JULIA. ¡Jesus! (Aterrada y abrazándose á Alonso.)

ALONSO. ¡No le oigas, hija, no le oigas! (Llévala á la primera puerta de la izquierda y la hace entrar casi á la fuerza.)

JULIA. (Sollozando.) ¡Ah, padre mio! ¡Ay, hija de mi alma!

ESCENA VII.

ALONSO, CÁRLOS.

ALONSO. ¿No hay una fibra en tu corazon que se conmueva á ese acento?... ¿No hay algo en tu conciencia que te grite.... que eres un malvado?

CÁRLOS. ¡Padre! (Conmovido, arrojándose en sus brazos.) ¡Qué desgraciado soy!

ALONSO. Tu propia fantasía es la que labra tu desgracia.

CÁRLOS. ¡Mi fantasía!... Yo amaba á Julia con toda la fuerza de mi alma: por eso su falta vino á herirme más profunda y dolorosamente. En lucha con mi amor y mi deseo de venganza, imaginé que el mayor castigo para Julia sería su propia conciencia y el recuerdo de la felicidad que, sin su falta, hubiéramos gozado ámbos. ¿Qué mayor expiacion que tener al lado, constantemente, como un vivo y eterno remordimiento, al esposo ultrajado? ¡Verse envuelta en esa aureola con que la sociedad rodea á la mujer honrada, á la madre tierna y cariñosa; servir de virtuoso ejemplo á las demás; ahogarse con el humo del incienso de la pública estimacion, para venir luégo, en la soledad del hogar, manchado con sus liviandades, á despojarse del prestado traje de la virtud y á ceñirse

el sudario del remordimiento y de la vergüenza! ¿Puede haber más sabrosa venganza?

ALONSO. Cárlos, Cármen ha confesado una parte de la verdad: asegura que Julia es inocente.... Créeme.... ¡Es tan fácil deshonrar á una mujer!... Los ojos que la miran, las lenguas que hablan de ella, son agudas zarzas donde quedan prendidos los desgarrados girones de su honra.

CÁRLOS. Padre, la envidia ensangrienta en vano sus dientes ponzoñosos en la verdadera virtud: muerde la rosa, no el espino.... ¡Ah! ¿Piensa usted que no he padecido yo más que ella?

ALONSO. ¡Tú! (Con asombro.)

CÁRLOS. Yo, que le imponia tan duro castigo; yo, que deseaba aborrecerla, yo, padre....—me avergüenza esta confesion—la amaba.... ¡qué digo amarla!... si la amo todavía.... ¡amor indigno, que nunca he podido arrancar de mi alma!

ALONSO. ¡Cárlos!

CÁRLOS. Á veces, pensaba.... hasta en olvidar lo pasado. Sentia deseos de perdonarla.... de tenderle los brazos.

ALONSO. ¿Por qué no lo hiciste?

CÁRLOS. Es verdad, me decia yo, que Julia ha sido criminal, pero su falta está ya expiada tras largos años de martirio y de lágrimas.... Además, la ofensa se ha lavado con sangre.... Ignoraba que ese hombre vivia.... Pero en vano trataba de convencerme y de perdonarla.... ¡Considere usted, padre, cuánto habré padecido, amándola y aborreciéndola á un tiempo!

ALONSO. ¡Y todo por un engaño! ¡Todo por tu desconfianza!

CÁRLOS. Nó, padre, nó.... Anónimos que una mano piadosa me enviaba para alumbrar mi ceguedad, me descubrieron la horrible verdad que ignoraba.... Callé, sin embargo; pero una noche, en que celebraba una fiesta en el consulado, oí pronunciar estas palabras: «Sotomayor no es el amigo del marido, es el amante de la mujer....» y ya sabe usted lo demás.... ¿Necesitaba mayor evidencia de mi desdicha?

ALONSO. ¡Anónimos!... una frase, cogida al vuelo, hija, tal vez, de una malvada intencion.... ¿Estas son todas las prue-

bas que te han convencido? Pero.... ¿estabas loco?

CÁRLOS. Nó.... he meditado mucho. Si Julia no hubiera delinquido ¿cómo viviria tan resignada bajo el peso de una supuesta infamia?...

ALONSO. ¿Olvidas que tenía una hija?... ¿Ignoras la sublime abnegacion de las madres? ¡Triste y lastimosa contradiccion la tuya!... Dudas del orígen de Anita, odias á la hija de tu matrimonio, y querias con delirio á la pobrecita Elena, cuyo orígen era mucho más dudoso.... Vuelve en tí: tu esposa es inocente.

CÁRLOS. ¡Ella!

ALONSO. Sí.

CÁRLOS. ¿Qué significa la presencia de Sotomayor.... aquí.... en mi casa?...

ALONSO. El amor á tu hija.... Ana y él se aman.... Creo habértelo dicho....

CÁRLOS. Ese amor es un pretexto.... lo repito.

ALONSO. (Observándole.) Cárlos, hijo mio, pienso, á veces, que te falta la razon. Me das miedo....

CÁRLOS. Lo extraño es que conserve un resto de juicio.

ALONSO. Digno eres de compasion, desventurado.

CÁRLOS. (Con desesperacion.) Ciego camino en la eterna noche de mi espíritu, preguntando: ¿cómo es la luz, cómo es la fe, cómo es la verdad?... y ¡ay de mí! que ni vienen en mi socorro, ni disipan estas tinieblas.

ALONSO. ¿Dónde has de hallarlas, si las arrojaste de tu corazon? (Con lástima.)

CÁRLOS. Yo nó; el crímen que manchó el santuario del hogar pulverizó esas deidades protectoras.... y, en fin, padre, basta, que me horrorizo de sospechar que mi propio padre, cegado por el cariño de Anita....

ALONSO. ¡Hijo!... estás delirando.... Calma, calma esa funesta exaltacion.

CÁRLOS. (Bruscamente.) Perdóneme usted, padre; no sé lo que me digo. (Se aleja y se sienta en una butata, á la derecha, ocultando el rostro entre las manos.)

ALONSO. (¡Infeliz!... Consérvale la razon, ¡oh, Dios mio!)

ESCENA VIII.

DICHOS: JULIA, por la puerta primera de la izquierda.

JULIA. ¿Padre? (En voz baja.)

ALONSO. ¿Qué? (Yendo á ella.)

JULIA. La enferma se ha mejorado.

ALONSO. ¿Es posible?

JULIA. Ha comenzado á hablar.... dice que quiere ver á Cárlos.... venga usted.

ALONSO. Sí, sí.... esa mujer puede salvarnos. (Vánse.)

ESCENA IX.

CÁRLOS.

¡Así!... ¡solo! ¡Pobre hija mia! Ni siquiera me han dejado tiempo para llorarla. ¡Feliz tú, que evitas con la muerte un porvenir tenebroso y seguramente desdichado!... ¡Ah!... ¡Julia, Anita, Sotomayor!... ¡hé aquí tres nombres que pesan en mi memoria como debe pesar el recuerdo del cielo en la de Luzbel! Mi padre desconoce la maldad del mundo y juzga por su corazon el ajeno. ¡Cuánto se engaña! Adora en Anita, y por eso le duele creer la verdad desgarradora.... Pero aquí es preciso cerrar los ojos para no verla. (Páusa.) ¿Habia yo de engañarme? ¿Habia de atormentarme yo mismo, destruyendo la felicidad de toda mi vida, siendo el verdugo de esa mujer y de esa niña? Nó, y mil veces nó; ni lo hubiera consentido la Providencia, que, si es severa, es tambien justa. Yo represento su justicia inmutable, y nada importa que todos se conjuren contra mí. Cuando llega la hora del castigo, se compadece al delincuente y se olvida el crímen.... Quieren olvidarlo, y que yo lo olvide tambien.... Nó; los demás pueden compadecerse; pero la justicia ni olvida, ni perdona.

ESCENA X.

CARLOS, FELIPE, por el foro.

FELIPE. ¡Cárlos!... ¡Amigo mio! (Tendiéndole la mano, que Cárlos no acepta.)

CÁRLOS. ¡Ah!.... ¡Felipe!

FELIPE. ¿Qué tienes?... ¿Acaso tu hija Elena...?

CÁRLOS. Sí.... ha muerto. (Con sequedad.)

FELIPE. Comprendo tu justo dolor; pero extraño que me recibas de este modo..

CÁRLOS. ¿Lo extrañas?...

FELIPE. Sí.... ¡cuando cada minuto que tardaba en verte me parecia un siglo! porque yo no te he guardado rencor, apesar de que estuve á punto de perder la vida....

CÁRLOS. ¿Crees que la tienes tan ganada?

FELIPE. ¿Qué dices?

CÁRLOS. ¡Basta de farsa! Sígueme....

FELIPE. ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¿Á qué aguardas?... Vén, y mátame, si puedes; porque, te lo prevengo, hoy no sucederá lo que en aquella ocasion; hoy no me apartaré de tí hasta que no te quede un resto de vida.... (Con ódio.)

FELIPE. ¡Un duelo!... Es imposible entre nosotros.

CÁRLOS. Ni una palabra más....

FELIPE. Escúchame....

CÁRLOS. ¿Para qué?

FELIPE. Tu padre lo sabe todo.... cálmate.... tú has sido víctima de una maquinacion horrible.

CÁRLOS. No alces la voz.... no grites....

FELIPE. ¡Óyeme! Tu error te precipita en un abismo.

CÁRLOS. No esperes librarte de mí....

FELIPE. En nombre de Dios, óyeme....

CÁRLOS. ¿Tú, tambien, pretendes poner una venda en mis ojos? Negarás, ya lo sé.... ¿Cómo has de confesar tu infamia?

ALONSO. (Dentro, primera puerta de la izquierda.) ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¡Mi padre!

FELIPE. ¡Ah! Don Alonso.... (Intenta ir á donde suena la voz, y Cárlos se lo impide.)

CÁRLOS. ¡Nos impedirá batirnos!

FELIPE. Aguarda un instante....

ALONSO. (Dentro.) ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¡Vén!... aquí hay armas.... en este aposento. (Señalando la primera puerta de la derecha, y empujándole hácia ella. Felipe resiste.) ¿Buscas la salida? No tiene más que una.... la de la eternidad.

ESCENA XI.

DICHOS: ANITA, por la primera puerta de la izquierda, apresurada y abrazándose á Cárlos.

ANITA. ¡Ah!... Padre mio.... Felipe....

CÁRLOS. Déjame.... (Suelta á Felipe.)

FELIPE. ¡Ana!

ANITA. Vén, padre mio, vén.... oye.... (Queriendo llevarle.)

CÁRLOS. Suelta....

ANITA. Nó.... Abuelo.... Mamá de mi alma.... ¡Abuelo! ¡Abuelo! (Gritando.)

ESCENA XII.

DICHOS: ALONSO, JULIA, CARMEN, sostenida ésta por aquellos: primera puerta de la izquierda. Anita, suelta á Cárlos. Alonso y Julia llevan á Cármen á la butaca de la izquierda, en la que se sienta con gran fatiga.

ANITA. Aquí está papá....

ALONSO. Vén, hijo, vén, y abre tu corazon á la alegría. Esto ha sido un milagro de la Providencia.

JULIA. ¡Oh, padre mio!

CÁRMEN. ¡Pobre hija de mi corazon!

CÁRLOS. Cármen....

ALONSO. Vamos, tranquilícese usted.... (A Cármen.)

CÁRMEN. Dios me tomará en cuenta todos mis sufrimientos.... Ella le estará rogando por su madre.... ella alcanzará mi perdon....

ALONSO. Vén, Cárlos, vén, y oye la voz de una moribunda. (Cárlos se acerca.)

JULIA. Hable usted. (A Cármen. Todos los personajes se agrupan alrededor de ésta. Felipe á su izquierda, Julia á su derecha, luégo Alonso y Anita: Cárlos

en el centro. Todos oyen con ansiedad las palabras de Cármen, la cual habla con dificultad, pero claramente, dirigiéndose á Cárlos.)

CÁRMEN. Perdóname.... Yo, impulsada por un deseo de venganza, envolví en mi ódio á Julia.... te seguí á todas partes.... te envié calumniosos anónimos que te hicieron dudar de su virtud.... Yo preparé la opinion pública, yo hice que se creyera en tu deshonra.... ¡Perdóname: yo sola soy la culpable!

CÁRLOS. ¡Ah!... tú.... (Con espanto y extravío.)

ALONSO. ¿Te convences ahora?

JULIA. ¿Ves que yo era inocente?

CÁRLOS. ¡Inocente!... Ella.... (Vacilando.)

CARMEN. Voy á morir: los moribundos dicen la verdad....

CÁRLOS. (Mirándola fijamente.) Próxima á comparecer ante Dios, ¿juras que Julia no es culpable?

CÁRMEN. ¡Lo juro! (Con esfuerzo supremo.)

CÁRLOS. ¡Lo juras!... (Queriendo creer, y dudando aún.)

JULIA. ¡Por la salvacion de mi alma lo afirmo! (Con energía.)

FELIPE. ¡Por nuestra amistad! (Con lealtad.)

ALONSO. ¡Por el sér que te dí! (Con arranque.)

ANITA. (Con mucha ternura.) ¡Oh, sí, créelos, padre de mi corazon!

CÁRLOS. (Manifestando la demencia que se apodera de él, ya determinada por la emocion que le produce la confesion de Julia.) ¡Inocente!... ¡Dios mio!... Entónces yo.... yo he sido un malvado.... no merezco perdon.... ¡Julia de mi alma!... (Va á tenderle los brazos y se retira.) ¡Ah! nó.... aparta.... ¡Si yo quiero creer!... ¡Ay, qué dolor en mi corazon!... ¡Cuántas sombras en mi conciencia!... ¡Ay, mi razon que me abandona! (La exaltacion de Cárlos es creciente. Al talento del actor queda fiada, por completo, la interpretacion de este carácter, en las situaciones finales.)

ALONSO. Serénate....

CÁRLOS. ¡Ah! ¿Quereis que crea?... ¡Volved, ántes, volved á mis ojos las lágrimas derramadas, á mi espíritu la fe perdida; desvaneced las angustias que me devoran, y sacadme el clavo ardiendo de la duda, que agujerea y abrasa mi cerebro! (Alonso, Julia y Anita le rodean: Felipe queda al lado de Cármen.)

ALONSO. ¡Desdichado!... Su razon se extravia.... Hijo....

JULIA. Esposo....

ANITA. Padre....

CÁRLOS. (Mirándolos, sin reconocerlos.) ¿Quién me llama así?... Os pareceis á los seres que yo he amado.... á los que me han vendido.... ¡Dejadme!... ¿Por qué me rodeais, como encarnizada jauría que espera el reparto de los despojos palpitantes?... ¿No os han arrojado ya mi pobre corazon?... Pues devoradlo.... ¡devoradlo, y dejadme en paz! (Se separa violentamente de los que le rodean y quieren detenerlo, y huye á la derecha.)

ALONSO. (Acudiendo á él.) Cárlos.... hijo mio.... mírame.... (Reconociéndole.) ¡Infeliz!... Bien lo temia.... ¡Está loco! (Con afliccion, y en voz baja, á Julia y Anita.)

ANITA. ¡Padre de mi alma! (Arrodillándose ante él y cogiéndole y besándole las manos.)

JULIA ¡Loco! (Acudiendo á Cárlos y abrazándole.)

(En este momento suena dentro, clara y distintamente, la campanilla del Viático, la que sonará cada vez más cerca, hasta el final.—Páusa.—Cármen, apoyándose en Felipe, se arrodilla con gran trabajo, mirando hácia el foro.—Cárlos, al oir la campanilla del Viático, se estremece y dice: «¡Dios mio! etc.» en un último destello de razon: luégo prorrumpe en llanto histérico, ó carcajada, á juicio y eleccion del actor.—Alonso, en el centro de la escena, dirige los ojos al cielo.—Estúdiese el cuadro, y fórmese con arreglo á estas indicaciones y las anteriores.)

CÁRMEN. ¡Ah!... El Viático.... (Se arrodilla.)

CÁRLOS. ¡Dios mio!... ¡Perdon! (Llanto ó carcajada.)

ALONSO. ¡Señor, míranos con ojos de misericordia!

CAE EL TELON LENTAMENTE.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DE JOSÉ DE VELILLA

DRAMÁTICAS

EN TRES ACTOS

D. Jaime el Desdichado. . .	Drama histórico, en verso.
El hijo de Sancho el Noble. .	Id. id. id.
Mira de Amèscua.	Drama, en verso.
Sobra y falta.	Comedia, en verso.
Witiza.	Drama histórico, en verso.
La expulsion de los moriscos	Drama, en verso.
La luz del rayo	Drama histórico, en verso.
Reinar para no reinar. . .	Drama, en verso.
La duda.	Drama, en prosa (1).

EN DOS ACTOS

Apuesta de amor.	Comedia, en verso (2).

EN UN ACTO

Una herida en el alma. . . .	Comedia, en verso.
Torrigiano.	Drama, en verso (3).
El último dia.	Drama, en verso (4).

NO DRAMÁTICAS

Meditaciones y Recuerdos, poesías.
El manto de la Vírgen, leyenda en verso.
El Teatro en España, estudios históricos.
Concepcion de Estevarena, prólogo á sus poesías y estudio biográfico.

EN PREPARACION

Historias de la vida, cuentos verdaderos, en prosa.
Artículos varios.
Leyendas, y
Los bandos de Sevilla.

(1) En colaboracion con D. Luis Escudero.
(2-3-4) Id., id. con D. Luis Montoto.